

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 48 - Agosto de 2013 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



6

Seis micos, dos planchas y un homicidio culposo



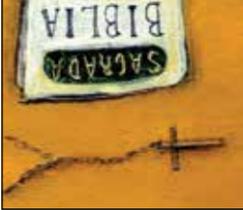
8

Todas las civilizaciones se construyeron con arboles



12

Un oratorio para las putas



16

La casa del palo de mangos



18

Detroit



21

Leticia, Amazonas



24

La tercera carpintería



Dos proyectos

La alcaldía de Aníbal Gaviria se ha distinguido por una especie de silencio institucional, a pesar del ruido de los parlantes, los grandes conciertos, las redes sociales. Los proyectos claves no suelen pasar de una rueda de prensa y una discusión entre alcalde y concejo, un cuchicheo indescifrable para quienes no habitan La Alpujarra. Estamos cerca de la mitad de la regencia de Gaviria, y la ciudad solo habla de problemas. Las soluciones son todo un secreto.

El cinturón verde es una buena idea. Atender el límite de crecimiento de las laderas es una urgencia que se descubrió veinte años tarde. Pero la administración parece deslumbrada por los *render* que dibujan los arquitectos-publicistas. El proyecto quiere ponerle un límite a las invasiones, que todavía buscan un rincón entre las montañas que hace treinta años coronaban las letras zurcidas de Coltejer. La administración habla de colegios, un monorriel (¿Un monorriel? ¿Un morroniel?), senderos para caminantes y una ruta para ciclistas. La alcaldía de Alonso Salazar levantó CAI periféricos en zonas cercanas donde ahora se pretende construir un parque familiar. Los policías de pasamontañas a duras penas soportan la jornada.

Muchos de quienes han pensado esta ciudad que ha crecido sin ruta cuestionan el proyecto que el Concejo aprobó con dudas, y que según la planilla de gastos tienen 500.000 millones de pesos a su haber. La principal objeción de los "expertos" es que la infraestructura no podrá contener a los nuevos habitantes de las sierras, sino todo lo contrario: creará una nutrida fila tras los inventos municipales. La alcaldía aún no sabe qué tan lejos irá. El gerente del proyecto habla de una franja de bosque que sirva de límite. Colegios y monorriel son una idea por discutir. Luego de casi dos años de gobierno la administración no logra explicar su principal proyecto. Y eso que está en 3D.

En el Río las cosas no son mejores. Esa es otra gran apuesta de la alcaldía, y otra gran incógnita. Un concurso busca propuestas para una idea que se ha planteado durante años. Artistas utópicos, urbanistas rancios, arquitectos soñadores y sacoleros insomnes imaginaron el parque del Río. Llegaron 57 propuestas, y cuatro fueron seleccionadas por un jurado tan ilustrado como desconocido. Medellín ha elegido varias veces su orden de acuerdo a la guía de arquitectos innovadores. El último fiasco fue la Plaza de Cisneros, que han llamado Parque de Las luces durante varios años. La artístada de un alcalde convirtió la plaza más importante de la ciudad en una escultura mustia, incomprensible, inhabitable. En la zona donde se propone la intervención del Río habita una buena parte de los indigentes de la ciudad. Los *render* muestran remeros y parejas caminando en las orillas con perros de collar. Para cualquier ciudad romper los espacios de exclusión es un reto. Llevar a la gente desde el extremo de la tranquilidad hasta una orilla que representa riegos y sorpresas necesita más que el instinto de la innovación. Las malas ideas lucen mucho mejor en el papel. El Parque Explora, el abono al Jardín Botánico, el Parque de los Deseos y la creación del centro de Moravia mostraron una nueva manera de pensar las obras.

El plan de desarrollo de la alcaldía Gaviria tiene dos grandes proyectos y dos grandes retos: el cinturón verde y el parque del Río, intervenciones que esperan continuidad durante los próximos veinte años para terminar la maqueta. A primera vista, la única posible hasta ahora parece ilusa para el presente e imposible para el futuro. En cambio, los Proyectos Urbanos Integrales (PUI) han pasado a las carpetas del pasado. La reciente declaración de Alonso Salazar en la revista *Semana*, que habla de una alcaldía estancada e incógnita, sirve para pensar una administración que no ha tenido gobierno ni oposición.

Algunos gobiernos merecen pasar desapercibidos. Los dos grandes proyectos de la alcaldía de Aníbal Gaviria reciben oraciones de cuenta de la lentitud y el aplazamiento, ruegos para que los proyectos no lleguen a punto ciego y no inauguren parques que serán manchas.

Gobernar desde la sombra con proyectos muy iluminados es la peor de las estrategias. UC

UNIVERSO CENTRO *Publicación mensual*

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– David E. Guzmán

ASISTENTE EDITORIAL

– Paula Camila O. Lema

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

COORDINACIÓN COMERCIAL

– Ana María Duque

DISTRIBUCIÓN

– Sandra, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Equipo UC

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro

Número 48 - Agosto 2013

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Industrias del sudor

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Hernán Franco Higueta

Jamás entendí a los deportistas, tan interesados en superar el salto del grillo, en golpear más fuerte que los osos y en correr como las gacelas. En la antigüedad, las sociedades conformadas por animales de presa mundos y lirondos debían entrenar a sus muchachos desde la cuna para la guerra, la marcha forzada, la resistencia física y la fuerza bruta, imprescindibles para la supervivencia del grupo, pero el deporte, entendido como una obligación sagrada según la moda del día, se ha transformado en una actividad inútil, vacua, de pura fachada, como tantas otras cosas...

El mundo moderno transformó las actividades deportivas en una aberración que poco tiene que ver con el antiguo culto del gimnasta. La gran mayoría de la gente que trabaja de veras y hace el amor con frecuencia, y con curia, cumple de sobra con el ejercicio que dicen que merece el pobre cuero mortal.

Qué más necesitan los directores de orquesta mientras se despelucan tratando de mantener el orden en la turba de los chupacobres y los rascatripas; o los cotereros de Corabastos y los estibadores de Buenaventura. Y qué más actividad debe hacer el azadonero de mi vecindario, el pescador de atunes, los mensajeros de oficina que todavía quedan, los meseros que hacen maratón y media cada día cargando bandejas de vasos y soperas, los porteros con sus plantones interminables, obligados a veces a llevar una gorra de almirante, y el panadero dando vueltas a la pesada masa con el poderoso brazo que del horno es auxiliar, según dijo un poeta. Los únicos que deberían seguir razonablemente las recomendaciones de los higienistas, predicadores de la inútil agitación, son los burócratas, los que se rebuscan el condumio sentados y se ganan la vida de ojo. Nosotros los otros, incluido yo mismo, que vivo metido en una biblioteca gateando detrás de un libro perdido o encaramado en una banca detrás de un tratado en el anaquel más alto, no necesitamos andar de sudadera por estos pagos de Dios fingiendo que somos más sanos que los demás y que estamos haciendo lo correcto huyendo de la muerte en la bicicleta fija y caminando hacia ninguna parte en una cinta conectados a unos audífonos, ausentes en la triste operación de exprimirle la prolactina a una musculatura, aunque la cosa a veces pare en una hernia.

El mundo está tan loco por el deporte que hace días conocí en Bogotá un gimnasio para perros ricos: casi me mata la tristeza viendo a los pobres canes montados en una máquina caminadora, con una cara de resignación que hablaba de las relaciones absurdas que establecemos con los seres, incluidos los perros, desde que el bello Alcibíades, el famoso amigo de Sócrates, el parlanchín, le cortó la cola al suyo para dar de qué hablar a los atenienses.

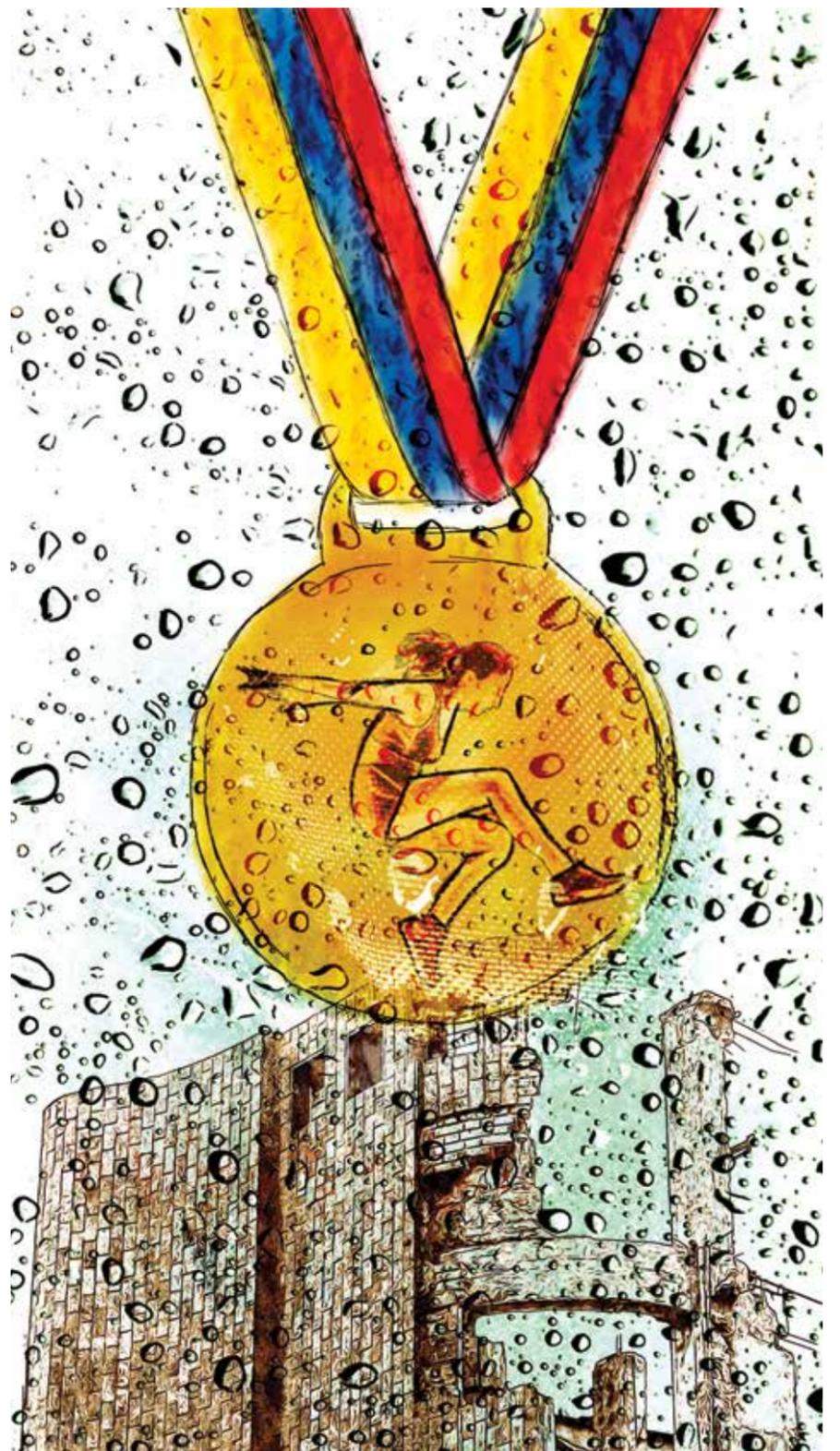
El *sport* fue una de las pasiones del siglo XX desde la Bella Época y se prolonga hoy en el formidable aparato de las industrias del sudor, convertidas en una religión cuyos templos son los gimnasios, los estadios y los velódromos.

Pero cuando veo a los jóvenes de mi familia convertirse con grandes esfuerzos en unos monstruos llenos de nudos, con el esternocleidomastoideo y los bíceps hipertrofiados, e hinchados los músculos lisos y los estriados, exhibiendo cuellos de buey y rompiendo las camisetas donde apenas caben, suelo recomendarles la contemplación del *Apolo* de Belvedere o del *David* de Miguel Ángel, cuerpos armoniosos, sin excesos. Pero es inútil. Ahora los jóvenes aspiran a tener la figura del último Míster América, a parecerse a esas bestias del grotesco que más recuerdan maquetas para el estudio del aparato muscular humano o rosarios de butifarras en un mostrador, y que además, según entiendo, implican el sacrificio de las delicias del amor por la simple apariencia, pues el consumo de hormonas, anabólicos y menjurjes químicos aumentan la masa corporal más visible pero atrofian el sistema glandular, comenzando por los testículos, que terminan reducidos a pistachos. Y a veces encogen incluso el cerebro...

Entre el montón de cosas antiguas que el siglo XX deformó y llevó a los extremos de la insulsa ridiculez o la triste locura está también el deporte, el deporte por el deporte, el goce del movimiento. De modo que los sabios y los artistas acaban en la indigencia mientras se enriquecen las tropas de jóvenes uniformados dirigidos por mafiosos a veces confesos que son los equipos de fútbol, por ejemplo. Y para el triunfo se debe recurrir a todo: los estimulantes prohibidos, las trampas rastreras, el codazo taimado... Cualquier cosa entre los recursos de la inteligencia trocada en malicia. Nunca vi nada admirable ni saludable en esas nadadoras del socialismo de antes que parecían nadadores del socialismo de antes, con los intestinos inyectados con aire para incrementar la flotación en las competencias y honrar la bandera roja de la nomenclatura.

A veces me pregunto si tal vez odio los deportes porque me mostré inepto desde la infancia para esas actividades de la fuerza bruta. No lo sé. La verdad es que nunca le encontré la gracia al hecho de correr y sudar petróleo detrás de una inerte bola de cuero, o en llegar el primero a un punto marcado con una banderola, aunque tuve las zancas largas. Para mí los deportistas desde siempre formaron la parte húmeda y acezante de la enorme farsa de la especie humana, de la fervorosa triquiñuela de la vida, que el poeta llamó un cuento contado por un idiota con muchos aspavientos y ruido y furia pero que nada significa, con la salvada de las pequeñas gimnastas centro-europeas antes de revelar la triste realidad de la existencia, y la inclemencia de Dios que deja marchitar sus mejores flores por un misterio que los científicos no han podido explicar y los poetas lamentan desde las redes de la resignación. Qué se hizo, Señor, Nadia Comaneci, por qué perversidad dejaste que se convirtiera en otra cosa, si estaba tan bien a sus catorce años.

Mis reticencias con el deporte declinan cuando veo a estos niños nuestros



salidos de las barriadas de la miseria y los rastrojos de los pueblos más pobres, que cansados del papel de pobres diablos tropicales de sus padres se empeñan contra el destino en acceder a los tronos olímpicos y a veces lo consiguen. Y entonces rebosan las páginas de los diarios que sus madres coleccionan en álbumes de guardas doradas y sus tías enmarcan en las salitas de sus casas junto al cuadro de la Virgen del Perpetuo Socorro. A veces me los encuentro en los restaurantes de cinco tenedores tratando de olvidar los tufo de las sancocherías, y sé que merecen más que el caldo de la vieja costilla de la vieja costumbre. A veces los presidentes los reciben en sus palacios y les regalan una casa y un automóvil. Y me parece justo. Uno que también tiene su corazoncito, aunque no trote por las mañanas en alguna autopista polucionada como es debido, no puede evitar una lágrima vergonzante cuando esa negrita del Chocó o Urabá, o ese vendedor de maní suelto de Urrao o Cóbbita, se hacen a la medalla de oro y sonríen con humildad. Aunque por desgracia, todos sabemos que, como para nuestro legendario Pambelé, muchas veces todo culminará en tragedia o en el drama de Cochise, otro legendario sudador de cuando la cosa era mucho más inocente y la gente creía en la gloria, que ahora no tiene dónde caerse muerto después de haberse dado el lujo de burlarse de un poeta nadaísta, como está consignado en el reportaje famoso que le hizo Gonzalo Arango en la revista *Cromos* cuando ambos estaban en la cima, en el cuarto de hora de la efímera gloria, el uno encorvado sobre una máquina de escribir y el otro comiéndose el mundo en una bicicleta Monark. 

Digan lo que digan los nostálgicos de las playas o las fiestas familiares, parece que la patria es el mostrador de la tienda.

Todo se reduce a un granero bien surtido con empanadas crocantes, ají de cuchara plástica y un grupo de típicos refugiados. Una vitrina en London, Ontario.

La tienda colombiana de mi pueblo

por JAVIER MORENO

Ilustración: Cachorro



1 La tienda queda a pocas cuadras del centro del pueblo, en la planta baja de un edificio de apartamentos esquinero sobre la calle Dundas. Colinda con un colegio católico en cuya entrada se erige un caballero cruzado tamaño natural tallado en madera; de cierta forma la efígie demarca la frontera de la zona de influencia del dispensario central de metadona, donde hay varias casas de acogida para adictos, un par de casas tapiadas y una cafetería gratuita para que no pasen frío durante el invierno y, si desean, hablen con algún consejero. Es común verlos afuera en grupos de tres o cuatro conversando bajo la nieve o el sol. Tal vez esperen su turno. Nunca se alejan demasiado de ahí. Son inofensivos. La mayoría son jóvenes blancos en muy malas condiciones, sucios, desnutridos, sin dientes, a veces con niños pequeños. El canadiense promedio recomienda evitar el área.

2.

La tienda es también un pequeño supermercado bien surtido de productos latinoamericanos. Hasta hace pocos años era propiedad de unos peruanos o unos salvadoreños, no sé bien, pero desde 2011 está en manos de dos hermanos colombianos, los Hermida. Nicolás es el administrador de la tienda y coordina la cocina. Ana María se encarga del supermercado y las remesas. A veces Sofi, la hija de tres años de Nicolás, nos recibe en la puerta. Los hermanos Hermida son jóvenes. Crecieron en Chiquinquirá y estudiaron sus carreras universitarias en Bogotá. Él estudió administración y ella microbiología. Nicolás fue el primero en llegar al pueblo, hace nueve años. Después vino el resto de la familia. La tienda era parte de su estrategia para que sus papás recibieran la residencia canadiense. No funcionó, y el año pasado enviaron a los viejos de vuelta a Colombia. Fue un golpe duro.

3.

En el supermercado venden, entre otras cosas, café artesanal importado de una finca en Caldas, refrescos en polvo con sabor a fruta enriquecidos con fibra, concentrados de fruta, bocadillos, chocorramo, maíces varios, un cosmético misterioso llamado "Moco de Gorila", arepas, chorizos, tamales y tubérculos congelados, queso campesino, gaseosa de la nuestra y avena Alpina, además de un muestrario de productos Imusa que incluye desde olletas gigantes para hacer chocolate hasta comales. Estos negocios se basan en la nostalgia. Para mi pesar, a finales del año pasado el señor de Toronto que surtía de kumis y yogurt de frutas estilo latino a toda la provincia de Ontario dejó de responder el teléfono. Ana María no sabe qué pasó con él.

4.

A la tienda vamos religiosamente cada sábado después de la piscina, hacia las once de la mañana. Vamos porque una empanada bien hecha y a buen precio, respetuosa y orgullosa de las tradiciones que encarna, es un lujo que un colombiano en el exilio no puede rehusar. Estas empanadas cumplen. Son realmente buenas. La masa, hecha desde ceros con maíz amarillo entre molido y triturado, tiene la textura y grosor correctos. Una vez frita es crujiente y suave. El relleno es generoso y tiene trozos de carne discernible, y el ají para acompañar es serio, sin complejos ni compasiones. Pedimos cuatro para empezar y nos sentamos en una de las dos mesas disponibles. Las bajamos con un sustituto de Pony Malta hecho en Brooklyn mientras vemos televisión o hablamos con quien

ande por ahí. Después de las empanadas pedimos carimañolas o unas arepas de huevo que Nicolás hace con chorizo y chicharrón. Nunca se sabe qué hay, así que lo mejor es preguntar.

5.

Después de seis meses de visitas cada ocho días reconozco a algunos de los regulares. Están los tipos solitarios y recelosos que se comen una empanada parados y se van. También los anglos grandotes que están dispuestos a probarlo todo aunque los confunda la ausencia de tacos. Está el brasileño de gafas de seguridad de laboratorio biológico con bebé en canguro que compra empanadas para llevar y queso mexicano. Últimamente viene un hombre joven de bluyín y camisa blanca que se sienta solo en una mesa y desayuna huevos revueltos con arepa asada y café. No habla con nadie. Come tranquilo y cuando termina se va. También hay una señora que viene con su papá. El señor no habla mucho y se nota que le cuesta moverse. La mujer pide por él (siempre lo mismo, siempre con los mismos reemplazos de ensalada por plátano) y habla por los dos. Conversa sola mientras el viejo come. Cuenta tragedias. Ejemplo: una aglomeración en la escalera de ingreso a un avión en El Dorado en los salvajes años ochenta hace que la escalera se contonee bruscamente y un niño recién nacido salga volando por los aires desde lo alto y caiga en el pavimento, vivo de milagro pero muy magullado. Explica que por eso aceleraron (es un decir) la construcción de los túneles que conducen a los aviones. No me queda claro si estaba presente o si se lo contaron.

6.

Me cuenta Nicolás que cuando Nairo Quintana ganó la penúltima etapa del Tour de Francia la tienda en pleno, particularmente concurrida ese día, lloraba de la emoción ante el televisor, conmovidos sobre todo por la pasión de los comentaristas.

7.

El pueblo está repleto de colombianos. Dicen que hay alrededor de quince mil. Es fácil encontrarlos por ahí, atendiendo negocios, en ventanillas de bancos o de paseo por los centros comerciales. Si el número que encontré es correcto, casi la mitad de los colombianos residentes en Canadá (cuarenta mil) viven acá. Todavía no sé por qué eligieron un pueblo con uno de los niveles más altos de desempleo del país. Supongo que la tranquilidad es atractiva. Y se supone que la finca raíz es barata. La mayoría llegan como refugiados o se refugian al llegar. Desde el año 1999 Colombia está en el Top 10 de países productores de potenciales refugiados que Canadá acoge. La migración al pueblo empezó hace diez años y solo hasta el año pasado desaceleró debido a cambios en las políticas migratorias canadienses. Parece que Colombia ya no es considerado tan peligroso. En 2007 aprobaban el ochenta por ciento de las solicitudes de refugio de colombianos. El año pasado solo aprobaron el treinta por ciento. El canadiense promedio de todos modos asume que todo colombiano en el pueblo es refugiado y cuenta con un leve gesto de conmiseración automático para expresar solidaridad. Es curioso: pese a la cantidad de paisanos, hay poquísimos negocios explícitamente colombianos. No hay restaurantes y, que yo sepa, solo hay otro supermercado además de la tienda. Predomina, tal vez por la raíz violenta de la colonización, la prevención desconfiada, distante. Nadie sabe quién es quién, y mejor no saber. Son (somos) una legión disgregada e invisible

que se materializa fugazmente en amarillo estridente cada veinte de julio. El año pasado la pugna entre los dos periódicos latinos por el control de la comunidad hizo que hubiera dos celebraciones simultáneas del Día de la Independencia, cada una declarándose "la original". Fue un desastre. Este año los organizadores reconocieron el error estratégico y pactaron celebraciones en días distintos. Cuando pasamos por una de las dos a comer lechona un hombre en la tarima, después de alguno de los bailes infantiles, listaba a los patrocinadores. La tienda estaba entre ellos, por supuesto. El hombre recomendó visitarla "porque colombiano compra colombiano".

8.

Dos mujeres mayores, una venezolana y la otra colombiana, desayunan en la otra mesa. La colombiana debe salir de urgencia, así que la venezolana se queda sola terminándose su arepa con chocolate. Antes de que se fuera la colombiana había oído a la venezolana quejarse de la arepa (no esperaba que la arepa de huevo fuera frita) y del chocolate (no era suficientemente espeso). Cuando se fue la amiga empezamos a hablar. Me contó que había llegado a Canadá cuando tenía cuarenta y tantos años, detrás de un canadiense con quien se casó luego de que se conocieran en Miami. Me dijo que ya no creía en el amor. Me reveló la edad de su amiga, que aparentemente es un secreto que ella guarda con mucho celo. Me habló de unos invernaderos industriales al norte del pueblo, cerca del lago, donde trabajó supervisando los cultivos. Antes de eso cuidaba enfermos crónicos. Ahora, ya jubilada, toma clases de pintura y recorre todos los sábados las ventas de garaje del pueblo con su amiga colombiana. Me echó un chiste largo sobre una fila de monjas muertas que quieren entrar al cielo pero antes deben decirle a San Pedro en qué circunstancia, si hubo alguna, tuvieron contacto con un pene. Para expiar su culpa deben luego introducir la parte del cuerpo comprometida en agua bendita. Al final hay una pelea por quién pasa primero entre la que lo mamó y la que se lo dejó meter por el culo. No es un chiste muy bueno. Antes de irse me dijo que apoyaba a Capriles hasta que corrió el rumor de que era homosexual. Eso le parecía inaceptable: mejor nueve hijas putas que un hijo gay.

9.

El sábado pasado uno de los señores que comen empanadas parados junto al mostrador le preguntó a Nicolás cómo iba el negocio. Hace un año largo llegaron al pueblo dos supermercados chinos gigantes y baratos que ofrecen productos latinos. Se rumora que parte de su secreto consiste en importar trabajadores de China a quienes pagan salarios ridículos y mantienen semi-esclavizados en casas viejas adecuadas como dormitorios colectivos. Quién sabe si sea verdad. Nicolás respondió que aunque la tienda va bien la llegada de los chinos ha afectado las ventas porque ahora los colombianos prefieren ir con ellos. "Es que no hay solidaridad", reniega el otro. "No aprendemos de los chinos, ellos sí tienen una comunidad de verdad y son muy unidos: desde que llegaron esos supermercados nadie ve a un chino en un supermercado que no sea chino. Así deberíamos ser nosotros también".

10.

No sé qué haremos cuando nos vayamos del pueblo y nos quedemos sin nuestra tienda colombiana. Será duro volver a acostumbrarse a la falta de buena empanada. Mi desarraigo orgulloso pasa por una mala época. Me estoy volviendo adicto a estas nostalgias. UC

¡Aprovecha ya!



El Beneficio Tributario

Para quienes tienen deudas pendientes hasta el 2010

Oportunidad única
para ponerte al día con la ciudad
y aportar al bienestar de todos.

Eso es vida



Alcaldía de Medellín

MUSEO D ANTIOQUIA

*Ingreso presentando la cuenta de servicios públicos

ENTRADA LIBRE

ESTRATOS
1, 2 y 3*
*Válido hasta diciembre de 2013

UN MUSEO PARA TODA LA CIUDAD

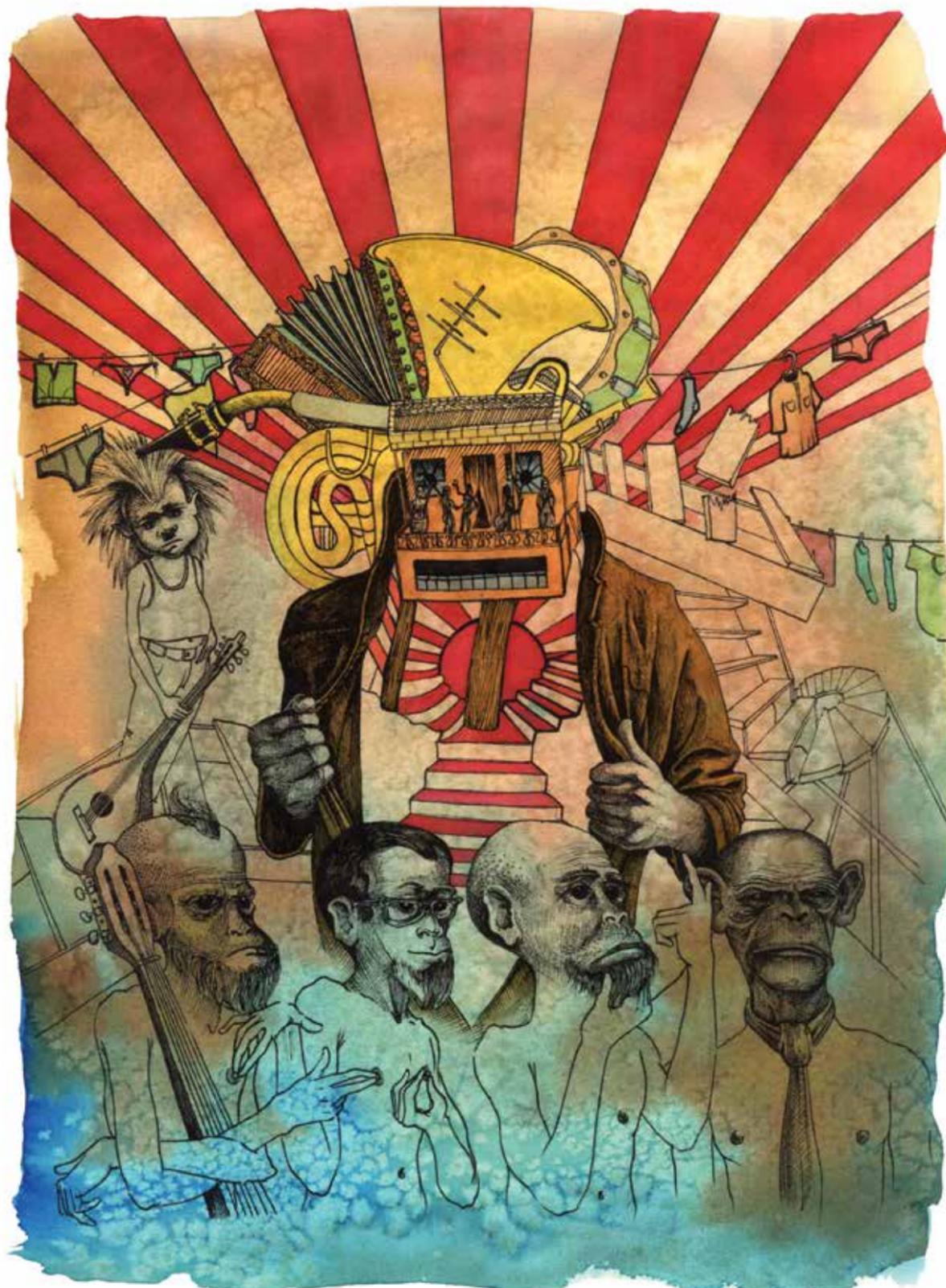


SEISMICOS, DOS PLANCHAS Y UN HOMICIDIO CULPOSO

por TEODORO ADORAMAR

Ilustración: Tobías

Mi negra no tiene concepto
Jaime Jaramillo Escobar



Después de seis años de forcejeos y de peleas inútiles, de peregrinar con los instrumentos por toda la ciudad, de hacer el ridículo sobre tarimas, de soportar las exudaciones estancadas de cinco sujetos (cuatro de ellos sin camisa) en salas, cuchitriles y terrazas, es inevitable que crezca un cariño enfermizo, a veces cercano a la amistad y a veces a la resignación, hacia esos seres insensatos que no tienen nada mejor que hacer los sábados en la tarde que sacarse la rabia y el desencanto de la semana a golpes de batería, acordes distorsionados y gritos malheridos, para delicia del loco del barrio y tormento del vecino con Parkinson (q.e.p.d.).

Dos de ellos ostentan unas tetillas generosas sobre las que sueltan escarnios mutuos, cada uno convencido de que no se ve tan tetón como el otro; otros dos juegan a introducirse sus instrumentos por donde la naturaleza decidió que las cosas salieran, mientras otro rumia con aplicación un almuerzo frío y seboso, y el último se ríe y deja escapar efluvios peligrosos para su organismo y para el ecosistema. Es lo que pasa en casi todas las bandas. Siempre se repiten los mismos actos, los mismos chistes, las mismas canciones. Si el universo es monótono, ¿por qué sus habitantes tendríamos la obligación de ser distintos? Y, sin embargo, el universo no parece aburrido de ser universo. O no siempre.

Uno de los integrantes de la banda manejaba un bus. Por eso llegaba a los ensayos a mirar feo y explotaba ante cualquier observación sobre su manera de tocar. La crudeza del matrimonio, una hermosa hija y un cambio de empleo degradaron su ira endemoniada a una simple mala cara que ya no se puede quitar. Tiene otros talentos: hace la imitación perfecta de un borracho; su fenotipo le ayuda.

El otro es un alma atormentada que hilvana de manera magistral conversaciones sobre Nietzsche, los aburridos pero misteriosos hábitos sexuales de las colegialas y la protuberancia de su trasero, hasta que su interlocutor comprende que en aquel duendecillo de no más de metro y medio está cifrado el universo. Los chamanes del centro lo persiguen para hacerle un lavado de aura, pero él se niega y continúa padeciendo

y esparciendo por doquier su mala suerte. Tiene el poder de tomar siempre las peores decisiones, y es capaz de hacer que su moza se convierta en su novia y su novia en su moza.

El otro, como todos los humoristas, es un sujeto amargado que se regodea en la estupidez humana. Es como una hiena: siente la necesidad imperiosa de burlarse de los demás en todo momento. Como todos los testarudos, cree que tener una opinión muy suya significa que el resto de la humanidad vive en un error. Como todos los seres excesivamente racionales, incurre en aberraciones por completo irracionales, como creer que al pasar por un lugar que fue escenario de batidas del ejército se lo va a llevar el ejército. Siempre negará que es un ser noble y sensible.

Quedan tres, sin mucho picante para gastarles líneas: uno de ellos se divorció tres veces (en la primera le dio culebrilla, en la segunda se quedó sin lavadora y en la tercera le robaron la moto); el otro no sabe qué hacer con su vida (dice que mataría por vivir del arte, pero termina escribiendo proyectos educativos y trabaja de corbata); y el otro se disfraza de payaso, canta donde le den cincuenta mil pesos, cree que es feliz y suele acompañarlo el patetismo.

Digamos que la banda se llamó Naveplaneta por culpa de la lectura de Moby Dick (es preferible ese nombre con algo de sentido a decir que se llamaron “el poste” porque tenían una canción que hablaba de un poste).

Hablaré de dos de los lugares de ensayo de la Naveplaneta. Empecemos por la que fue su casa durante más de cuatro años: era –cómo no– una plancha con una preciosa vista sobre esta ciudad de pobres corazones. Eso no es nada raro, se sabe que la mitad de las bandas ensayan en un lugar así; lo diferente era la pequeña hazaña necesaria para entrar: no había escaleras de concreto, se subía por unas de madera con un peldaño podrido, que no desembocaban de inmediato en la plancha sino en el hueco de una reja sobre la que había que hacer equilibrio cinco pasos hasta llegar al concreto. Una vez allí se podía entrar a la pieza de uno de los integrantes, el que se cree anarquista y durante un tiempo sustentó su apuesta durmiendo en el piso. Primero tuvo una cama en la que no cabía estirado, pero decidió desarmarla para que no le quitara espacio a los instrumentos, y a partir de entonces desarrolló un extraño gusto por dormir en el suelo sobre trapos y cobijas. Al principio trapeaba a las carreras una hora antes de que llegara el primer integrante, pero luego cogió confianza y no volvió a tener el más mínimo asomo de consideración por la rinitis de sus compañeros. Por lo demás, incluso cuando trapeaba con *Sanpic* la pieza olía a cañería rota, por culpa de una antigua maldición que pesa sobre los hombros de su madre y que puede enunciarse más o menos así: “usted, señora, jamás tendrá buenos trabajadores, y cada trabajo que le hagan se lo harán mal y a medias”.

En ese cuarto algunas veces creyeron que iban a salir de pobres gracias a las desgarradoras canciones que se gestaban, aunque en realidad los únicos que las escuchaban eran los vecinos, quienes bostezaban desde las casas del frente con una especie de resignada curiosidad, y el contrato multimillonario nada que llegaba a la plancha del anarquista. ¿Qué estaría pasando? Raro sí era.

En aquel cuarto había un baño sin puerta. Al principio, cada vez que uno de ellos (el más habilidoso) iba a ejecutar ese acto de conexión rítmica con el cosmos, exigía a los demás que se fueran del lugar. Más tarde fue capaz de hacerlo con la cortina cerrada. Finalmente, el descaró llegó al punto de seguir la conversación con el pantalón en el suelo, mientras los demás trataban de no ceder a su morbo y miraban para otro lado. El morbo siempre será más fuerte.

Los otros lugares de ensayo no merecen mayor atención, salvo el penúltimo: era la zona de ropas de otra terraza, al otro lado de la ciudad; había que amarrar una colcha de cuatro clavos para evitar las úlceras por el sol, y cuando llovía tenían que dejar de tocar y dedicarse a tapar los instrumentos con lo que hubiera a la mano, que casi siempre eran los colosales calzones blancos de la dueña de la casa que se oreaban allí como testimonio de su grandeza. Ingrato fue aquel lugar con los tercos habitantes de la Naveplaneta. Pese a que en la esquina había un meadero de borrachos atendido por una mujer de pechos exagerados en el que cada fin de semana había una pintoresca y fatal trifulca, la policía insistía en amonestar solo a nuestros cantarines, cuya barahúnda no ocurría en la madrugada, como las folclóricas peleas del bar, sino a plena luz del día. Se supo, sí, que el ruido de la Naveplaneta aceleró la agnía de un vecino con Parkinson, quien al oír los primeros redobles parecía olvidar que estaba agonizando y se ponía a dar saltos de aquí para allá (q.e.p.d.).

Pero no todo fue brega ni homicidios culposos. Frente a ellos, en un tercer piso, un día la naturaleza los colmó con el espectáculo de sus bendiciones, iluminándolos con gran solaz y regocijo. El primero en percatarse fue el anarquista, quien se limitó a mirar de reojo y a sonreír para sus adentros; después lo notó el malacaroso, y luego todos, uno a uno, fueron testigos de cómo las cinco lesbianas que vivían al frente se paseaban casi desnudas de un lado a otro, como diosas, fingiendo trapear un corredor. La reacción de los Naveplanetarios estuvo a la altura de su nivel intelectual: empezaron a gritar como gorilas rabiosos y a pedirles a las provocadoras que se quitaran todo, a lo cual ellas respondieron que listo, que de una, pero que ellos también debían quitarse la ropa. Por supuesto, ninguno accedió: algún pequeño secreto han de ocultar.

Se sabe que todas las relaciones empiezan sin que esté muy claro qué espera cada una de las partes. Y aunque lo supieran, tal conocimiento sería inútil, pues los actores de una relación suelen estar vivos –aunque no es obligatorio–, y uno de los corolarios de esto es que están sujetos a cambios. Pues resulta que la Naveplaneta empezó como un espacio para oler gente distinta a la que se olía a lo largo de la semana, y nadie esperaba nada más de ese ejercicio. Pero como los años se obstinaban en pasar, y el anarquista ya empezaba a quedarse calvo, y encima le dio por dejar progeñie (una preciosa monita con visos rojos), comprendió que debía ponerse a trabajar en serio. Y como a la gente perezosa le repugna cualquier trabajo que implique trabajar, el anarquista decidió que quería hacerse a un circo, una gran carpa, para su quinteto de payasos; es decir, quería vivir de la música.

Pero me disculpan, esa es otra historia y no pretendo enzorrarlos más por hoy. Pese a todo, sigue andando la Naveplaneta. Baste eso por ahora. UC



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

TO FLY OR NOT TO FLY

Contra lo que muchos suponen, no fue Christopher Reeve el primer Supermán del cine. Ni tampoco George Reeves, su antecesor en una serie televisiva. El primero fue Kirk Alyn, quien encarnó al personaje para dos seriales de la Columbia, en 1948 y 1950. (Los seriales eran películas de metraje largo –unas tres horas–, partidas en episodios de quince o veinte minutos, que se iban proyectando semana tras semana. Herederas de los viejos folletines, cada una de sus entregas terminaba en una situación de peligro inminente para el héroe; nuestro interés no era el saber si se salvaba, sino el cómo).

Siempre hubo en el cine los llamados efectos especiales, pero, enfrentados a los de hoy, los de aquellas épocas eran precarios. Para hacer volar a Supermán los realizadores optaron por un recurso feliz; al iniciar su vuelo, se convertía en un dibujo animado; y su trayectoria aérea era muy rápida, para no empañar la ilusión. Ilusión o no, el superhéroe dibujado volaba como nadie nunca pudo hacerlo después. Ni mis recuerdos ni Google me dejan mentir.

Alyn murió en 1999, casi nonagenario, rodeado del afecto de sus viejos fans, quienes siempre lo consideraron –lo consideramos– el Supermán por excelencia; el auténtico hombre de acero, libre de arandelas psicológicas y de secuelas cada vez más pérfidas.

Una cuestión me inquieta a veces cuando pienso en esta persona de doble cara, y es saber cuál de las dos es la verdadera. Muchas veces se ha dicho que la patria de un hombre es su infancia. Clark Kent se crió y se educó en un pequeño pueblo norteamericano, allí tuvo raíces, creció, aprendió un idioma; solo en su adolescencia supo su inicial origen, y aceptó la misión de ser un héroe. Queda pues la duda de saber cuál es el auténtico. Sospecho en ocasiones que el verdadero es Kent, y que su otro yo, con todos sus poderes, es apenas un disfraz, un simulacro. Y que el mayor anhelo de este hombre es consolidarse como un eficaz periodista, llegar a algo con Lois Lane, colgar en el clóset su traje inconsútil y leer un buen libro al calor del hogar. ¿Leer qué? Tal vez a Nietzsche, tal vez a Bradbury, tal vez a Gay Talese.

CODA

En su entrega anterior publicó Universo Centro una crónica de Juangui Romero, “El camión de la familia”. El protagonista del relato es su padre, camionero de profesión, y narra su amor por todos los vehículos que tuvo –y tiene–, en especial por uno de ellos, ese “Ford 56, de color azul y carrocería de estacas en tono marfil” que lo acompañó durante 24 años. Entre líneas quedan sus otros amores, a su familia, a su esposa, a sus hijos, el entorno del hogar. Entre líneas, porque el autor deja a los lectores la misión de descubrirlos. Es un texto lleno de afecto, que fluye sin énfasis ni estridencias; comienza en tono menor, y en tono menor concluye, desoyendo sabiamente las normas, hoy tan en boga, que invitan a lo contrario. La crónica es la primera de un libro, *Vidas de feria*, que publicará Eafit, y que espero tener pronto en mis manos, ojalá dedicado. UC

Este texto con árboles hará parte de un libro sobre siete parques del centro de Medellín que se publicará a finales del año. Un primer recorrido por esos “pedazos de campo entre las urbes”. La fronda indiscernible que vemos todos los días esconde algunos grajos deslumbrantes y algunas flores mortuorias.

Un proyecto de la Secretaría de Cultura de Medellín y Universo Centro.

Verde de todos los colores

por LÍDERMAN VÁSQUEZ

Ilustraciones: Mónica Betancourt

Cuando la gripa te sitiaba y el cuerpo era una ciudad a punto de rendirse, hacía su aparición el agua tibia del matarratón, agua verde, preparada con las hojas de ese árbol bendito. Después del baño todo era distinto y, por lo general, el malestar remitía. En los días de canícula, si caminabas largas distancias, debías poner hojas de matarratón en el interior del sombrero y la jornada se hacía menos ardua.

Vi hachas derrotadas por el tronco indómito, hachas que terminaban con el filo mellado. Los barcos que viajaban hasta las islas de San Blas, en Panamá; los mismos que remontaban el Atrato para abastecer los almacenes de los pueblos costeros con artículos de primera necesidad y regresaban llenos de coco o de madera, tenían las cuadernas hechas con el tronco del matarratón.

En la época del año en que florece, las muchachas que se han vuelto pintonas como los mangos en cosecha no quieren saber ya nada del estudio, solo sueñan con ser rozadas, hurgadas, comidas, conjugadas... La floración de este árbol, cuyas hojas son alimento para el ganado y abono para la tierra, en el imaginario del campesino costeño está muy ligada a esa otra floración.

De todos los árboles del mundo el matarratón ocupa un lugar especial en mi recuerdo. Mi madre, mi abuela, mi abuelo, la señora Aura, don Silvestre, seres que ya no están, y algunos que están todavía, vienen, cuando los evoco, enredados en la fragancia de este árbol mitológico.

Al cambiar la geografía, cambian el clima, el dialecto, la piel, los nombres, las costumbres, los árboles. Lo que a nivel del mar era pata de vaca, o simplemente pata, aquí, a más de mil quinientos metros sobre el nivel del mar, es casco de vaca; las acacias, que daban un fruto similar al del guamo y parecían matronas obesas sentadas enfrente de sus casas, se tornan delgadas, como la leucaena, o un poco más robustas, como la acacia amarilla. Ya no hay matarratón, ni guácimo, y es una rareza encontrar una palma de coco tan lejos del mar.

Pero esta, la ciudad donde vivo desde hace tantos años, y a la que no he podido aprender a tutear, en la que nacieron mis hijos, que sí la tutean, es verde todo el año, “verde de todos los colores”. No obstante, la mayoría de las personas ignoran el nombre de los árboles. Conviven durante décadas con una frondosa pandurata y apenas si la ven; saben que hay árboles en la zona verde de la unidad, en las aceras, en los parques, pero es como si no existieran.

Todas las civilizaciones se construyeron con árboles: fueron leña para avivar el fuego, mango para el hacha, garrote, lanza, flecha, arco; se convirtieron en canoas, cuadernas, remos, altares; son el papel de que están hechos los libros, y hasta hace poco, cuando el mundo era todavía lento, fueron cartas portadoras de buenas y malas noticias. El roble, utilizado por su dureza en la elaboración de mangos y lanzas, fue el árbol de Zeus; el fresno, el árbol de Poseidón. El delicado Apolo, que, inflamado por el deseo, persiguió a Dafne, debió conformarse con abrazar el tronco del laurel en que esta se había convertido y mojar con sus lágrimas la áspera corteza que antes fuera su cintura. No fue correspondido en el amor, no pudo desfogarse en el bello cuerpo de la muchacha que huía por el bosque, pero las hojas siempre verdes de ese árbol adornan la cabeza de los vencedores. ¿Y de qué si no de roble estaban hechas las cuadernas del Arca?

Durante años no me interesaron los árboles. De los que nos ofrecen sus frutos sabía el nombre: mango, pomo, guayabo, zapote, aguacate, guamo, naranjo, guanábano, etc.



Con el sabor que las frutas nos prodigan aprendimos sus nombres. Los innominados, en cambio, eran simplemente “el árbol”. Como esas personas que encontramos a diario porque frecuentan las mismas calles que nosotros, a las que reconocemos pero nunca saludamos, así, los árboles...

Inquiriendo a personas mayores, memorizando la forma de los troncos, la disposición de las ramas y la forma de las hojas, aprendí a distinguir el urapán, el terebinto, el tulipán africano –también conocido como miona–, el carmín y el cámbulo. Consultando en libros me enteré de que el urapán es el mismo fresno de las batallas homéricas; que el terebinto es la misma encina, dura como la roca, resistente al rozamiento, usada por los antiguos en la fabricación de ruedas. De encina eran las ruedas del veloz carro de Aquiles y sus veloces flechas, y el mango del hacha de Heracles; de encina era la lanzadera que iba de un lado a otro del telar, guiada por las expertas manos de la ambigua Penélope. El dios del Antiguo Testamento, de corazón tan duro como una astilla de encina, eligió este árbol para revelarse a sus profetas. Hay terebintos en todo Medellín, pero el más frondoso, con sus ramas enredadas en un afro compacto que no deja pasar la luz del sol, está en Suramericana.

Quizá el árbol que más abunda en nuestra ciudad es el urapán. Lo encuentras en el Parque de Boston, en el Parque Bolívar, en la Plazuela San Ignacio y en el cada día más mohoso Parque Berrío. Si quieres ver un urapán, dale la vuelta a la manzana, es probable que lo encuentres compartiendo acera con el sauce, que en la mitología griega es el árbol de Hades, el árbol del mundo subterráneo. Cuando Orfeo, dolido por la muerte de Eurídice, inconforme con el destino, decidió descender al mundo de los muertos en busca de su amada y cantar su pérdida, nadie resistió la fuerza de su canto. Las lágrimas corrieron por las mejillas de Perséfone, de Cancerbero, de Hades. Todos, hasta los sauces, lloraron ese día.

Unas cuantas cuadras y encontramos completa la historia de la llamada cultura occidental: el espacio geográfico donde nació la filosofía, el teorema de Pitágoras, la tragedia; y el desierto donde nació el Dios invisible. Hasta podría resultar más pedagógico enseñar



la filosofía en las calles, hablando de urapanes, sauces y encinas, que en un salón repleto de sillas incómodas.

Pero en los colegios no quieren saber nada de árboles. Están obsesionados con las competencias y cada año sacan estudiantes menos competentes; los proyectos de educación sexual son los más importantes, y sin embargo las adolescentes se embarazan pronto; se enseña urbanidad y se ignora todo sobre la ciudad. Laboré en un colegio rodeado de árboles. Había urapanes, chiminangos, terebintos, leucaenas, búcaros y carmines. Nadie sabía identificarlos, ni les interesaba, aunque era común la expresión “sentido de pertenencia”: con el colegio, con la ciudad, con el país.

Conocer los árboles, saber nombrarlos, es ir al encuentro de nuestra identidad, de nuestra verdadera historia. ¿Por qué en las calles y parques de mi ciudad hay tantos árboles europeos y tan pocos árboles nativos? Los europeos conquistaron un continente, pero no lo conocieron. Ignoraron su flora, las creencias de sus habitantes, la diversidad de sus lenguas. Árboles nativos como el chiminango, el búcaro, el gualanday, el carboneo, el confite, el piñón de oreja, que puedes encontrar en cualquier parque, no dicen nada sobre las culturas amerindias. ¿A qué deidad estuvo consagrado

el búcaro? ¿Qué dios mojó con sus lágrimas la corteza del chiminango? En la imposibilidad de responder a estas preguntas está nuestra identidad. El fresno, el sauce, el gualanday y ese otro árbol, la lengua, nos recuerdan, como lo dijo el poeta mexicano Octavio Paz, que somos y no somos europeos. La ambigüedad de ser y al mismo tiempo no ser es nuestra marca.

Bajo los árboles transcurre la vida. Vagabundos, desempleados, vendedores de confites manoseados buscan en los parques el cobijo de un árbol.

Compartía la banca con un anciano, y entre ambos estaba la pequeña caja llena de cigarrillos, confites y galletas, un termo de tinto y vasos desechables. Me acerqué. A ella le pregunté cómo se llamaba el árbol bajo el cual ofrecía su precaria mercancía. Me dijo que no sabía, pero que varias veces le había servido como parapeto para ofrecer sus raticos. Al principio no capté el mensaje, como tampoco que se trataba de un hombre. Tenía entre 40 y 45 años, los labios pintados, y vestía blusa y falda. Me dijo que hacía años se llamaba Gustavo, pero que se cambió el nombre y ahora se llamaba Natalia, “aunque debería llamarme Gustaba porque ya no gusto”. Trabaja en esa banca, bajo ese árbol, desde hace diez años, todos los

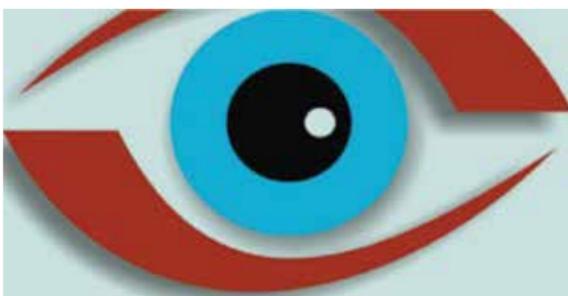
días, excepto cuando hay Sanalejo. Cogió mi periódico y leyó en voz alta su horóscopo y el de su novio. Pregunté cuándo se dio cuenta de que era distinto. “Desde siempre –dijo–. Toda la vida me gustaron las cosas de mujer, la suavidad de la ropa interior. Siempre usé calzones, ahora no los uso, ni brasieres. Cualquier día se cae este palo –y señaló el tronco del árbol– como se cayó el mío. Ese de ahí, frente a usted, lo mocharon hace como dos semanas; si cortan este quedo damnificada”.

Caminando por La Playa conocí a don Alfonso. Le gustan tanto los árboles que me acompañó hasta el Parque de Boston y los fue enumerando. Dijo que el urapán parecía una peste, estaba en todas partes. Nos sentamos en un muro a descansar porque sufre de ciática, y me contó que antes, cuando le preguntaban cómo se llamaba un árbol, decía Palo Escobar: “ahora no digo así”. Su padre, finado ya, se llamaba Rodrigo y era topógrafo. Más o menos en 1964, por los lados de Argentina, había buenos restaurantes en los que su viejo acostumbraba almorzar, y un adolescente lavaba el carro en que se movilizaba. Como era muy trabajador, el pago siempre fue generoso, y alguna vez le regaló una muda de ropa. El muchacho, agradecido, decía que tranquilo, que a él no le cobraba, a

lo que don Rodrigo respondía que se dejara de cosas, que él solo quería ayudarlo. Durante años no lo vio. Avanzada la década de los setenta se presentó, hecho un hombre, en la oficina: “Don Gabriel, usted todavía en medio de sus cachivaches de topógrafo”, dijo. Quería saber si en San Antonio de Prado, de donde era el viejo, se podía conseguir una finquita. Don Gabriel le dijo que sí, que había un señor vendiendo dos finquitas muy buenas, como de hectárea cada una, muy cultivadas. “¿Cuándo me puede acompañar?”. Don Gabriel, que estaba desocupado, dijo que si quería podían ir ya: “así fue como Pablo Escobar recompensó a mi papá con dos fincas”. Le siguió haciendo regalos que el viejo aceptaba agradecido. Cuando todo se volvió un infierno para el capo, dejó de decir Palo Escobar. “Si alguien lloró la muerte de Pablo fue mi viejo”.

Seguimos caminando hasta el Parque de Boston. En Caracas, una cuadra antes, nos llegó el olor de los cadmios. “Estos son los reyes; si hubiera más cadmios en las calles, sería el cielo”, dijo.

Nos despedimos después de darle una vuelta al parque. Ya no me fijé más en los árboles. El olor de los cadmios se esfumó. Solo me quedó la sensación de que Pablo Escobar estaba en todas partes, como los urapanes. UC



DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Cohete (Del cat. coef)

1. m. Fuego de artificio que consta de un caucho resistente cargado de pólvora y adherido al extremo de una varilla ligera. Encendida la mecha que va en la parte superior del caucho, la reacción que producen los gases expulsados le impune un rápido movimiento hacia la altura donde estalla con fuerte estampido.

cohele.net

Los árboles son memoria y prodigio. Su tronco es tan fuerte y sólido que lo tomamos por eterno, y las hojas tan móviles y tan gráciles que nos parecen emparentadas con el viento. Y en la oscuridad perpetua, invisibles, las raíces son el símbolo de lo que siempre nos atará a la tierra. Más longevos que los hombres, a los árboles los miramos con especial respeto. A un árbol no se le quiere como a una mascota, ante los árboles nos inclinamos.

Para quienes han crecido en la selva el árbol es el origen del mito, es medicina y vivienda, es guía en el camino y balsa para el río. En el campo, los árboles mantienen las fuentes de agua y sus raíces protegen el suelo de la erosión. ¿Cuál de todos estos significados se conserva en la ciudad? Se dice que entre calles y casas los árboles son más valiosos debido a su escasez, pero de lejos se ve que la relación que tenemos con ellos es bastante pobre. Una de las pocas virtudes que les reconocemos es que con su alquimia vegetal convierten el hollín de los carros en aire puro, y sobre esta última tarea basamos en buena parte la nobleza simplona que hoy le concedemos a los árboles en la ciudad.

También decimos que un árbol es bello y da sombra, pero la belleza de un árbol, como toda belleza, tiene muchas interpretaciones. Prueba de esto son las abundantes quejas de la gente respecto a los árboles. No son pocas las llamadas que reciben las entidades públicas para que corten un árbol, ya sea porque le tapa la vista a un vecino o impide que se vea el letrero de un negocio, o porque la acera y los techos se “ensucian” de hojas y se taponan. No todas las quejas son tan absurdas y egoístas, otras son justificadas. Los árboles son seres que necesitan muchas condiciones favorables para crecer, y a veces llegan a hacer daño con sus raíces y sus ramas, o representan verdadero riesgo para las personas.

Un árbol que crece en Medellín no la tiene nada fácil, y menos todavía si intenta medrar en el centro de la ciudad. Una vez se siembra un arbolito, cuentan los que se ensucian las manos de tierra, lo primero que se roban es el cerco; es decir, lo despojan de la única defensa que tiene contra los hombres. De ahí en adelante vienen otras pruebas más duras. Los árboles jóvenes sufren mutilaciones, ya sea porque los niños se trepan a las ramas todavía tiernas, o porque la gente se les recuesta y los tuerce. Algunos árboles adultos de los parques son tomados por orinal –sin importar que haya baños públicos–, como es el caso de un robusto mamoncillo en la Plazuela Nutibara. El exceso de orines, por no hablar de desechos de otra laya, es capaz de quitarle la dignidad hasta a un gigante.

Si la tierra que rodea un árbol está más baja que la acera, un destello de inteligencia le dice al peatón que se trata de un basurero. Muchos troncos de árboles se convierten en el depósito perfecto de bolsas de basura, escombros y hasta bultos de cemento. En la Plaza Botero mataron un árbol a punta de resinas para construcción, pues este se las bebió cuando las dejaron a sus pies; esta es apenas una manera de ilustrar el hambre y la sed que aguantan los árboles del Centro. Les ve uno la boca abierta y las hojas mustias y amarillas, pidiendo agua a gritos. Igual pasa en los barrios, donde la gente sale a lavar la acera y el carro, pero no se le pasa por la cabeza echarle un poco de agua al árbol que da sombra a su casa.

A menudo, gracias al desconocimiento, la gente por hacer bonito, hace feo. No falta el que, con tiempo de sobra, le construye a un árbol una jardinera. Esto es como si a uno lo vistieran todos los días con cuello de tortuga. Tal vez un filósofo lo agradecería, pero si a alguien de a pie lo atavían de esa manera, muere sofocado al día siguiente. Si los árboles necesitaran jardineras la naturaleza ya se las habría proveído, y más bonitas y funcionales.

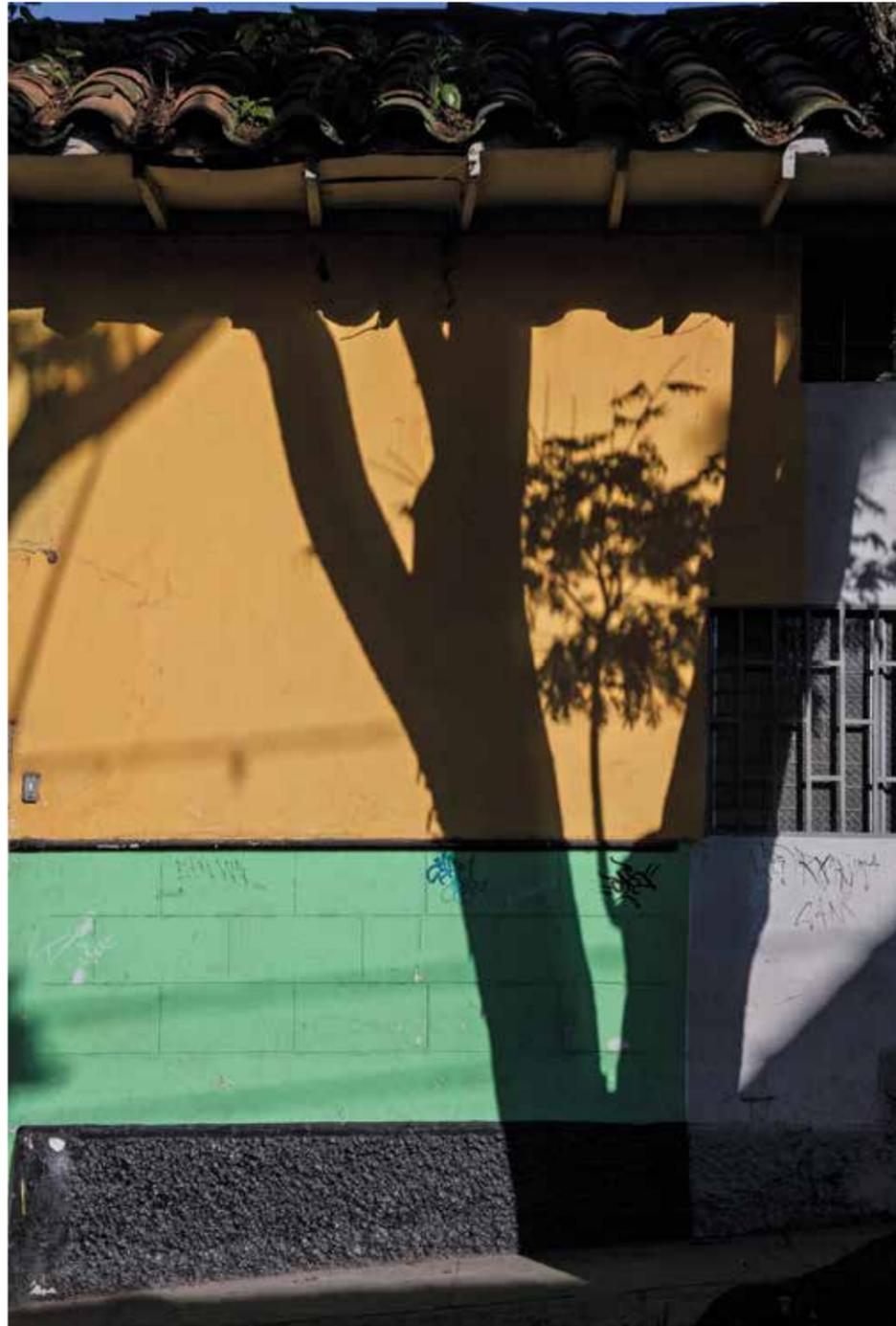
LOS ÁRBOLES

por IGNACIO PIEDRAHITA

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Árboles en el solar de la casa
donde nos escondíamos a jugar
mamacita con las peladas

Helí Ramírez



A los árboles los machetean para darles la forma de un cono o de un cubo, porque hay quienes consideran que la fronda con la que vienen es poco elaborada. Otros prefieren cortar los árboles o arbustos nativos para remplazarlos por mal llamados jardines zen, que finalmente son un pedrero y tres matas; no quieren que el frente se les vea como si fuera monte, ni mucho menos que atraiga animales. Los jardines japoneses originales están llenos de diferentes especies, y tienen cuevas y grutas cuyo objeto es imitar la naturaleza en su forma más pura. Un verdadero jardín zen es misterioso y oscuro, retorcido y seductor, y no una caricatura de piedra redonda con dos pencas asépticas.

Los árboles son bonitos, pero también hacen maldades. Las palmas de corozo son especiales para chuzar balones, y a veces también les sacan los ojos a los niños. Más de un anciano se ha descaderado al resbalar en una fulgurante flor de guayacán. Los terminalia, esos gigantes que crecen por pisos, huelen a grajo cuando florecen. Durante ciertas temporadas, en la estación del metro de San Antonio, ve uno a la gente levantando el brazo o mirando si pisaron mierda cuando estos árboles están en flor; de ahí que alguien que sepa nunca sembraría un terminalia al pie de un restaurante, para evitar conflictos.

Los árboles no son todos iguales, y por eso hay que pensar dos veces al momento de sembrar. No se puede plantar un guayacán, que en buenas condiciones puede crecer hasta 35 metros de altura, al lado de un poste, ni debajo de las líneas de energía, ni en un separador de veinte centímetros, porque no solo traerá problemas cuando crezca, sino que se levantará como en camisa de fuerza y sufrirá. Un caucho cabe en cualquier parte cuando está pequeño, pero cuando está grande es capaz de arrugar el pavimento como si fuera de cartón. Los laureles del barrio Laureles —que son traídos de la India y ni siquiera son laureles—, seguramente se sembraron sin calcular el tamaño que alcanzarían. De lejos se ven muy bonitos, pero sus troncos están dolorosamente estirados según la forma del separador de la vía, y muchas de sus ramas fueron mutiladas por riesgo de caída.

Sembrar un árbol en la ciudad no siempre es la buena acción que se enseña en la primaria. Gracias a la conciencia ecologista de cualquier vecino, en un separador de barrio con menos de un metro de tierra pueden haber, todavía pequeños, una ceiba, un piñón de oreja y un guayacán. Nuestro sentido de lo que es un árbol es tan romántico como patético. Pensamos que, por ser silvestres, los árboles no necesitan sino dejarlos ser. La gente los siembra con la mejor voluntad, pero sin saber cuánto van a crecer y en qué condiciones. No sabemos qué tierra ni qué espacio de aire piden, ni siquiera cuánta agua, o cuánto abono, ni qué cuidados necesitan.

Sin embargo, el paisaje no es tan negro. Entidades como el Jardín Botánico, la Alcaldía y el Área Metropolitana

ven por los árboles. En Medellín, en alguna medida, se siembran árboles bien sembrados y se les hace mantenimiento. Dicen los expertos que ojalá fuera una sola entidad la encargada de decidir y acometer todo lo relacionado con los árboles de la ciudad, desde su siembra hasta su tala, si amenazan con caerse o si hay algún diseño de urbanismo en marcha.

Los casos de tala masiva de árboles suelen alcanzar titulares de prensa. La extensión de la línea de Metroplús en Envigado está en boca de la gente por estos días. Diría uno que si la comunidad se ha envalentonado de tal forma es porque algo está fallando: o se equivocó la empresa al diseñar y explicar el proyecto, o la comunidad al dejarse llevar por el fanatismo. Hay árboles que definitivamente no son negociables —y se justifica que alguien se encadene a ellos para evitar su tala—, pero por lo general es posible que una modificación urbana se haga de acuerdo con una compensación inteligente de unos árboles viejos por otros nuevos.

En Medellín ya se han hecho proyectos que involucran la tala o el traslado de algunos árboles, y la experiencia muestra que, si se hace bien, el resultado final puede ser más conveniente para los habitantes. En la Regional, en la Avenida El Poblado y en el pasaje Carabobo hubo resistencia inicial, pero hoy hay mejor movilidad y buena vegetación. Es casi imposible hacer una modificación en la ciudad sin que haya que sacrificar o cambiar de lugar un espacio verde.

Así como no hay una política de cortar árboles por cortarlos, tampoco debería haber la de preservar por preservar como método único de presión. Lo lógico es que haya lugar a la discusión con argumentos frente a la necesidad de sacrificar un árbol. Ante el cambio siempre habrá oposición, pero un consenso es posible si los nuevos planes son convincentes. Una comunidad bien asesorada podrá exigir una compensación beneficiosa y será implacable con el facilismo de ciertos constructores a la hora de tirar cemento donde puede ir grama, o de exigir mantenimiento cuando el contratista entregue y pretenda desaparecer, dejando al garete los árboles recién plantados.

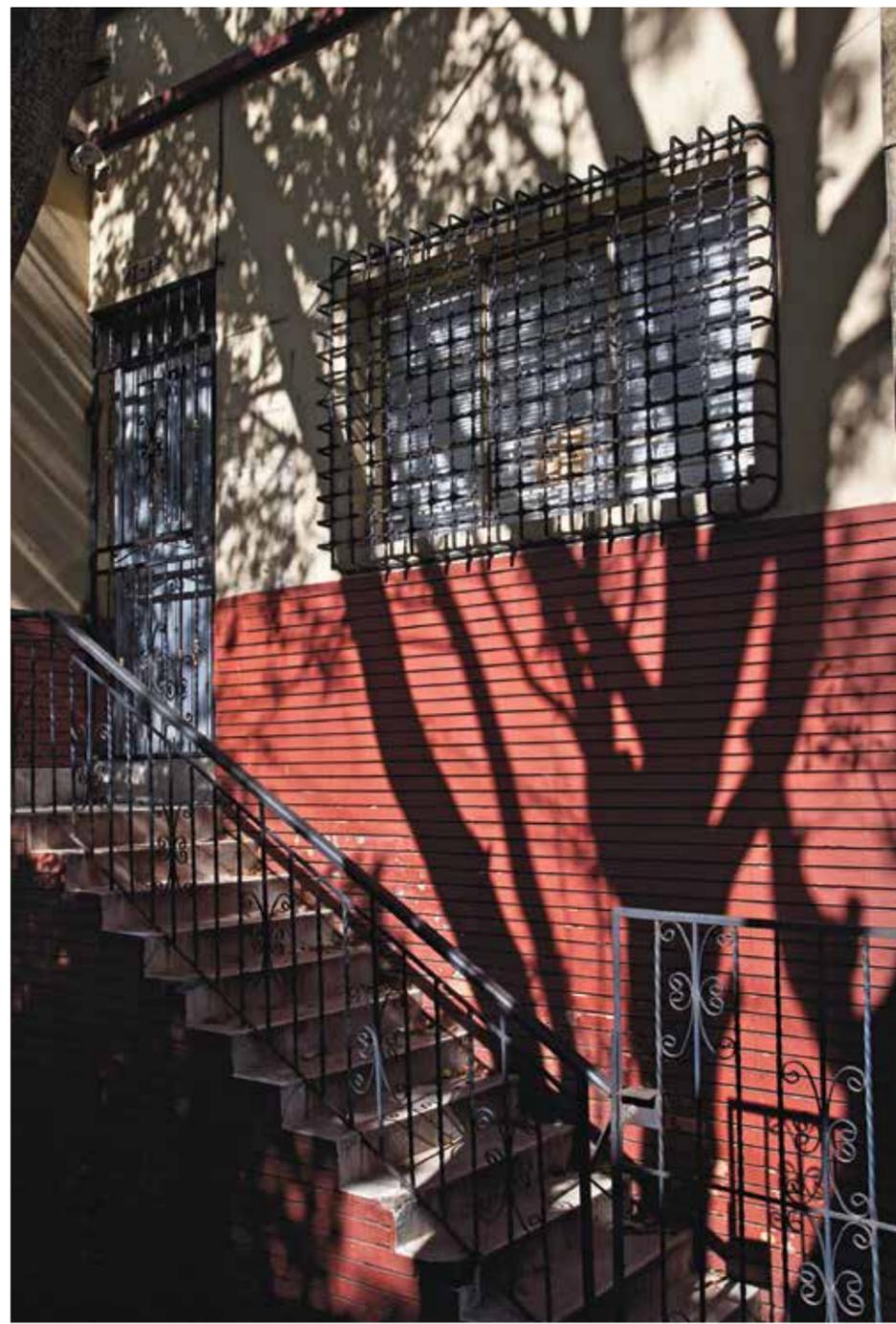
Por respeto a los árboles, no estaría de más conocerlos mejor. Quizá entonces no levantaríamos la vista solamente cuando hay que apuntarse a una causa ecologista de oportunidad. Saber nombrarlos es un buen punto de partida; saber, al menos, más nombres de árboles que de marcas o modelos de carros. Y no valen los árboles que toman el nombre de su fruto. Vale el tulipán africano, el urapán y el frangipán. El terebinto, la ceiba y el majagua. El piñón de oreja, el casco de vaca y el flor de cera. El suribio, el búcaro y el cámbulo. El gualanday, el guayacán y el yarumo. El carbonero, el ébano y el balso. El bala de cañón, el cresta de gallo y el escobillón. Ahí dejo algunos de las decenas que hay en Medellín, para invitar a mirar hacia arriba. UC

Algunos árboles preferidos de tres expertos y amantes de los árboles, para visitar en el Centro:

León Morales, ingeniero forestal, maestro de maestros en el tema de los árboles de Medellín: El bala de cañón (*Couroupita guianensis*) y el pico de loro (*Machaerium capote*) que están en el costado derecho de la Catedral en el Parque Bolívar. Fueron rescatados cuando se los iba a llevar el ensanche de la calle 33, y crecieron con gran belleza. También la palma de vino (*Attalea butiracea*) que está en La Playa, entre El Palo y Girardot; es quizá la palma de vino más vieja y hermosa de la ciudad.

Juan Fernando González, agrónomo y apasionado por los árboles: Las dos enormes ceibas (*Ceiba pentandra*) de la Plazuela de San Ignacio, por ser árboles de gran envergadura, regentes del lugar, dos pilares centenarios que enmarcan el Paraninfo y el viaje claustro.

Juan Carlos Velázquez, piloto y sembrador de árboles: La ceiba rosada (*Chorisia speciosa*) que él mismo sembró en Palacé con la Avenida Primero de Mayo. El tercer intento fue la vencida, después de que los dos primeros arbolitos no sobrevivieran. Hoy goza de buena salud.



Un oratorio para las putas

por DORA LUZ ECHEVERRÍA

Ilustración: Silvana Giraldo

...y el canto de todos, que es mi propio canto...

Las monjitas necesitan un oratorio —me dijo Diego un día mientras revisábamos la obra. Venía hablando de las monjas desde hacía más de un mes, el mismo tiempo que llevábamos en las reformas arquitectónicas de un laboratorio. Casi todas las mañanas tomábamos tintico envenenado con canela y hablábamos de la otra reforma, esa del alma y de la vida en momentos en los que la única salida posible es la verdad con uno mismo: Diego había decidido separarse de una bella mujer con la que tenía dos hijos, innumerables perros y una historia de convivencia armoniosa que ya no podía seguir manteniendo sin traicionarse a sí mismo.

Entonces decidió vivir su verdad, por dolorosa que fuera, así muy pocos comprendieran ese paso tan difícil al que solo sigue el encuentro con la soledad.

En el descubrimiento de su nueva vida pocas cosas del pasado lo acompañaron. Unas de ellas fueron las monjitas. Según me contaba, tenían una casa arriba de la iglesia de San Benito donde trabajaban con las prostitutas del Centro. Las había conocido gracias a un amigo que les ayudaba esporádicamente, y Diego, que se sentía entonces tan perdido como triste, se dedicó a buscar todo tipo de colaboración para ellas. Aunque tenía algunos prejuicios frente a las obras de caridad, fui incapaz de negarme cuando me pidió una opinión sobre lo del oratorio. Pensé que podría hacerme la loca y salir del paso con alguna observación trivial, pero el entusiasmo de Diego era contagioso.

Bajamos temprano en la mañana por Ayacucho hasta el Parque Berrío, lo cruzamos en diagonal y caminamos por Boyacá hasta que un olor a pan recién hecho que invadía la calle nos invitó a desayunar.

—Aquí es —dijo.

Pedí un croissant con café mientras él saludaba con cara de muy conocido a todo el mundo: las panaderas, con el pelo algo más teñido que lo normal; la cajera, con un escote algo desproporcionado para las ocho de la mañana; y otras dos mujeres, de blusa blanca y cara lavada, que se adelantaron risueñas a estrecharme la mano.

—¿Entonces usted es la arquitecta? —dijo la mayor de ellas.

A pesar de la pequeña cruz al cuello y de ese aire indefinible que proporciona la virginidad, pensé que podrían confundirse con alguna oficinista gris. Pero sonreían tan felizmente cuando me mostraron el lugar para el futuro oratorio, algo más grande que un *hall*, donde habían acomodado tres bancas regaladas y una imagen de la Virgen contra una ventana, que caí, como Diego, en sus redes.

Mientras evaluábamos el espacio disponible, otras tres mujeres, con evidente cara de trasnocho, salieron de un saloncito donde había varias máquinas de coser.

—¿Sí nos van a hacer un oratorio? —dijo una de ellas mirándome escrutadora—. De pronto así sí podemos rezar tranquilas.

Al hablar con la hermana María de los Ángeles supe que había sido ella la de la idea, porque en la iglesia de San Benito las prostitutas se sentían muy mal: normalmente entraban a primera hora de la mañana, después de una noche de trabajo, y las beatas se molestaban con su presencia, o al menos ellas así lo sentían. En cambio a la casa de las monjitas podían llegar a cualquier hora y eran más que bienvenidas: había café, y nunca, nunca una palabra de reproche.

Cuando la hermana me contó cuál era su filosofía frente a ellas —siempre las llamaba así, ellas—, pensé que no era posible tanta belleza, hasta que después de varias semanas lo pude comprobar. No se trataba de criticar, de juzgar, de condenar; ese espacio estaba abierto siempre para oír, apoyar, ayudar.

—En algún momento ellas se tienen que retirar, por viejas, por aporreadas, por cansancio, y entonces, ¿qué van a hacer? —me dijo.

Comenzaron por enseñarles panadería —la hermana Consuelo sabía hacer panes—, y abrieron una pequeña cafetería a la entrada de la casa. Después llegó Willy, un travesti que sabía de peluquería, y les enseñó el oficio a algunas. Lo del taller de costura resultó todo un éxito cuando Rosalba, retirada del oficio después de haber viajado a Holanda y de ahorrar lo suficiente para comprar un lote y construir una casa de tres pisos, puso una maquila de ropa de cama en la plancha. Rosalba solía llegar temprano, de tacones altos y pelo recogido, saludando con voz chillona y estridente. Daba consejos y ofrecía trabajo si alguna llegaba aporreada. En eso se parecía a las monjitas.

—Cada cual sabe hasta dónde llega —les decía.

El día de la inauguración del oratorio hubo desayuno para todos. Todos éramos Diego y yo, las monjitas y ellas. Sacaron al patio de atrás la mesa de corte, inmensa, para que todas las que llegaran pudieran sentarse, y pusieron

bandejas llenas de parva hecha en la casa y olletas de chocolate caliente. La hermana sabía que yo tocaba guitarra y, entre anécdotas a veces subidas de tono que nunca ruborizaron a las monjitas, tarareamos boleros trasnochados. Después de contarles la historia de *Gracias a la vida*, la canción de Violeta Parra, la cantamos una y otra vez. De pronto, Rosalba se quedó mirando con desparpajo a la más joven de las monjitas, bella como la virgencita que presidía el oratorio.

—¿Sabe qué, hermanita? Lo que me da mucha tristeza es que no sepa de lo que se está perdiendo —le dijo llena de malicia.

Recuerdo la cara de la monjita, ya sí coloradita, en medio del silencio que todos hicimos. Y la frase de la hermana María de los Ángeles, a la que siguió una carcajada unánime.

—Vos tampoco, mijita. UC





Medellín
 todos por la vida

7

FIESTA DEL
 LIBRO Y LA
 CULTURA

Sept. 13 al 22, 2013
Medellín, Colombia

JARDÍN BOTÁNICO
 PARQUE EXPLORA
 PLANETARIO

La
 ciudad.
 y los escritores

INVITADOS: Santiago Roncagliolo · Gabriela Alemán · Martín Caparrós · Wendy Guerra · Manuel Gutiérrez Aragón · Sebastià Jovani · Pablo Ramos · Juan Lechín · Sergio Ramírez · Jean-François Fogel · Jon Lee Anderson · José Ángel Leyva · Marco Antonio Campos · María Baranda · Alberto Rodríguez Tosca · Margaret Read MacDonald · Federico Andahazi · Felipe Pigna · Eduardo Halfon · Santiago Yubero Jiménez · Fernando Alonso Alonso · Hugo Hernán Zemelman · Marcelino Cerejido · Rodrigo Moya · Susan Flaherty · Alberto Rojo · Andrés Gomberoff · Edouard Launet · Carlos Sánchez Lozano · Manel Dalmau · Amir Valle · Shelley Godsland · David Knutson · Javier Chiabriando · Sebastien Rutés · Jesús Ruiz Mantilla · Élmer Mendoza · María Eugenia Ludueña · Luis Alejandro Vinatea · Kestutis Kasparavicius · Joel Franz Rosell · Guillermo Samperio · Ángel Boligan · Juan Manuel Roca · Santiago Mutis · Lucía Estrada · Gonzalo Mallarino · Juan Gabriel Vásquez · Azriel Bibliowicz · Laura Restrepo · Darío Jaramillo Agudelo · Óscar Collazos · Roberto Burgos Cantor · Tomás González · Héctor Abad Faciolince · María Teresa Ronderos · Germán Rey · Ricardo Corredor Cure · Jaime Abello · William Ospina · Mario Mendoza · Eduardo Escobar · Patricia Nieto · Miguel Torres · Reinaldo Spitaletta · Rocío Vélez de Piedrahíta · Pascual Gaviria · Pablito Wilson · Carlos Franco · Mauricio Silva · María del Sol Peralta · Francisco Montaña · Guillermo Angulo · Fernando Cruz Cronfy · Darío Ruiz · Orlando Mejía Rivera · Marianne Ponsford · Juan Carlos Orrego · Juan Felipe Restrepo · Lucas Cadavid · Luis Alfonso Paláu · José Libardo Porras · Esteban Carlos Mejía · Víctor Gaviria · Luis Fernando Macías · José Guillermo Ángel · Ignacio Piedrahíta · María Cristina Restrepo · Paloma Pérez · Olga Elena Mattei · Gustavo Forero · Irene Vasco · Jaime Jaramillo Escobar · Santiago Villegas · Alejandro Formanchuk · Paula Tatiana Sánchez · Mario Aguilar · Camilo Rengifo · Diego Londoño · Ramón Maya Gualdrón · Felipe Grajales · Jaime Ocampo · Santiago Arango · Betto ·

www.fiestadellibroylacultura.com Fiesta del Libro y la Cultura @FiestaLibro



Casa Museo
Pedro Nel Gómez



Alcaldía de Medellín





Felipe Alonso.

Psicopompo.

Acuarela sobre papel.

60 x 46 cm.

Expone en la Universidad
de los Andes desde el 4
de septiembre.



la casa

por MAURICIO LÓPEZ

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Lilo mira el cielo para adivinar la hora. Está seguro de que van siendo las siete. “Ya casi se levanta la Señora”, piensa, con la cabeza apoyada en su brazo derecho y el resto del cuerpo sobre la tabla maciza que le sirve de cama. Se entretiene con el cacareo de las gallinas y el trinar de los pericos para espantar la pereza, mientras un ejército de nubes plomizas se desintegra en el cielo cada vez más brillante. Es la mañana del domingo, el mejor día de la semana para la familia Roldán Correa. El viejo se levanta y estira las piernas. Es casi ciego, pero se mueve por la casa sin trastabillar. “Muchos ven lo que yo no veo, y yo veo lo que muchos no ven”, dice el llamado “brujo de los pillos de la Comuna 13”. Su insípida barba canosa, su cabello amarillento y sus ojos indecifrables le dan el aspecto de un gitano rancio. Se adorna con grandes aretes y una larga camándula que él mismo fabricó con la ayuda de “fuerzas extraordinarias”, la cual lo protege de “todos los males”. Conoce la magia negra y la magia blanca, y es amigo de todo aquel que lo respete y lo obedezca. “Aquel que no me obedece, el cementerio o la cárcel se merece”, advierte Lilo a aquellos que lo buscan por sus saberes paganos. Cuando doña Gilma Correa se despierta, La casa del palo de mangos tiembla

como si se la fuera a tragar la tierra. La matrona de 78 años hace chirriar su cama de hierro, tose, se frota los ojos, se echa la bendición y se levanta como la bandera de una nación golpeada por cientos de guerras. Va hasta la cocina y esculca las ollas y los polvorientos gabinetes donde se guarda la poca comida que pueden comprar diariamente. “Falta carne”, dice entre dientes la vieja. “También hay que comprar papas y cebolla”, añade en un murmullo. La anciana, de rasgos tan fuertes que no permiten el mínimo asomo de decrepitud, llama a uno de sus nietos y lo manda a la tienda con siete mil pesos. Luego se lava la cara y va a sentarse en su viejo sillón de cuero rojo, cojo de una pata al igual que su marido, Gabriel Alfonso Roldán, quien todavía ronca en la ruidosa cama doble que minutos antes hizo tronar la Señora. A las nueve de la mañana toda la familia está despierta y deambula entre las ruinas de su otrora majestuoso hogar. Astrid y Edilma, las otras dos mujeres de la casa, no se preocupan por barrer las hojas esparcidas por el viento la noche anterior. Lavan y ordenan platos, tazas y cucharas. Preparan el fogón de leña y sacan una olla grande para hacer el sancocho, el plato de los domingos. Los hombres: Lilo, Carlos, Mario, Antonio y Gabriel Darío, se sientan en



adobes y tarros de pintura en el frente de la casa, al lado de doña Gilma, todos en silencio, casi petrificados, como si estuvieran posando para algún pintor surrealista. Parece que esperaran algo, y a distancia uno piensa que lo que esperan no es otra cosa que la muerte y que esa vieja casa será el sepulcro definitivo de todos ellos. Es una familia de más de veinte personas, casi todos mayores de cincuenta años. Apenas hay tres jóvenes que no alcanzan la mayoría de edad a quienes la Policía clasifica como “posibles integrantes del combo delincuencia de El Salado”. A La casa del palo de mangos le falta la mitad del techo. Algunos muros están rotos y hay puertas y ventanas que son solo marcos. La mitad de la familia vive prácticamente a la intemperie. Las balas y los petardos la han destruido casi por completo, pero la obstinación de los Correa Roldán aún la mantiene en pie, en una especie de protesta silenciosa con un tinte de mórbido sarcasmo. Hace 55 años, cuando fue comprada por las hermanas Correa: Socorro, María Severiana y Marielena, la casa ya había sido habitada por dos familias diferentes, pero se encontraba en inmejorables condiciones. Tenía entonces más de cincuenta años de haber sido construida en estricto estilo colonial. “Era una casa hermosa, con patio, solar y balcón, tres alcobas, sala y comedor. Cuando mi mamá y mis tías la compraron les costó veinticinco mil pesos”, cuenta Gilma, que la heredó

hace más de veinte años junto a su hermano Leobardo Enrique Roldán, de quien dicen “murió de pena moral por ver la casa destruida”. La casa está ubicada al borde de la quebrada El Salado, entre las dos únicas vías que conducen a La Loma y San Cristóbal: dos carreteras angostas rodeadas de árboles, piedras y escombros. A pesar de las carencias económicas, la familia de Gilma y Gabriel Alfonso era de las más felices del barrio, pero todo cambió en 2002 cuando el Gobierno le dio luz verde a la ‘Operación Orión’, estrategia militar cuyo propósito era deterrar a las columnas guerrilleras que mantenían azotada esa parte de la ciudad. Las balas iban y venían día y noche. Se metían por las ventanas y destrozaban pocillos, platos, bombillos... Soldados, policías y fiscales se tomaron las calles, los techos y las terrazas de la Comuna 13 para enfrentar a las milicias. La casa del palo de mangos quedó en medio del bombardeo, sirviendo de trinchera a unos y otros. “Cada noche era como si el mundo se fuera a acabar. Sentíamos las balas cerquita de la oreja. Nos tirábamos al suelo y nos cubríamos con los colchones y los muebles. Los delincuentes dejaban bicicletas bomba, carros bomba, basura bomba, de todo, al pie de la entrada de la casa; y la policía y el ejército respondían con disparos de fusil”, relata Gilma sin asomo de reproche. No guarda ningún rencor la anciana, como si la debilidad de la casa la hubiera hecho más fuerte, más dura, más fría.





del palo de mangos

“Nunca quisimos irnos a pesar de la guerra, no queríamos perder nuestra única posesión, nuestro único hogar. Íbamos a defender la casa hasta las últimas consecuencias y por eso estamos aquí, firmes, aunque en la ruina”, añade la matrona, recicladora como casi todos sus familiares.

La casa del palo de mangos fue declarada inhabitable por las autoridades municipales y está en proceso de expropiación, según cuenta Dora, una de las hijas de Gilma. Sin embargo, la peculiar familia no ha hecho caso de las advertencias gubernamentales. Siguen viviendo en lo que queda de su hogar, resistiéndose a la lástima de los vecinos. A diario madrugan a recolectar material de reciclaje que luego venden para subsistir. Compran solo lo del diario y mantienen la ropa guardada en maletas, una costumbre que se arraigó en ellos desde la Operación Orión: “es mejor estar listos por si se empiezan a matar otra vez”, explica Lilo, montado en un par de tenis Nike de colores extravagantes.

Al menos por su apariencia, Lilo parece decir la verdad. La ceguera de su ojo

derecho lo asemeja a uno de esos gitanos con supuestos poderes para dominar las artes oscuras, mientras que su agonizante ojo izquierdo recuerda al hombre que fue, ese campesino que cuidaba cerdos en Belmira hace más de treinta años.

Doña Gilma respeta a Lilo y le permite realizar sus rituales dentro de la casa. Allí, aseguran muchos vecinos, han ido algunos de los más peligrosos criminales de Medellín para pedirle al brujo que les rece las armas o las partes más vulnerables de sus cuerpos: “un día vino un jefe de banda con un escapulario, se lo ató en el tobillo y le pidió a Lilo que lo rezara. Ese hombre duró más de quince años en medio de las balaceras. Ahora está en la cárcel, pero vivo”, cuenta con asombro Edilma mientras sirve un tazón de aguapanela con limón.

En La casa del palo de mangos todo el mundo es bienvenido, hasta los policías. Allí, en medio de escombros, paredes a punto de caerse y muebles estrafalarios, no solo sobreviven Gilma y sus familiares; también habitan esas ruinas tres tortugas ancianas, dos loros que solo hablan para pedir marihuana,

treinta pericos, veinticinco gallinas, cinco patos, cuatro cacatúas, una pisca llamada Chula, tres gansas que conversan con la gente y se roban los cordones de los zapatos, y tres perras: Luna, Paquita y Lupita.

Ningún integrante de la familia pasó por las aulas de una escuela. Todo lo que saben lo aprendieron de la experiencia y de sus padres y abuelos. Algunos llegaron a tener sueños, como Gabriel Alfonso, quien de niño quiso ser bombero, hasta que por accidente generó un incendio en el corral de las gallinas de su casa en Belmira y desde entonces le teme a las llamas tanto como a las serpientes.

Gilma nunca soñó con nada en particular. Simplemente quería ser la madre de una gran familia. “Yo estoy satisfecha, incluso con mi casa en ruinas. Tengo mi familia y todos acá vivimos bien, sin quejarnos. Aquí hasta las ratas son de la familia”, dice la vieja mirando los grotescos y gordos roedores que a esa hora del día asoman la cabeza desde la quebrada El Salado.

Antes de las diez de la mañana Alejandro vuelve con lo que le encargó la abuela.

Edilma, Dora y Astrid se disponen a preparar el almuerzo, mientras la Señora se va a un lugar más cubierto para bañarse. Cuando culmina su limpieza espera a su marido para ayudarlo en la misma tarea. A continuación, uno a uno, todos los integrantes de la familia corren a bañarse, algunos con más cuidado que otros.

Al mediodía se reencuentran en un comedor improvisado sobre una llanta de camión. Edilma y Astrid sirven los platos de sancocho y Antonio sintoniza una emisora tropical en un radio de pilas. Un suave viento mece el palo de mangos y las tres perras de la familia menean la cola al borde del comedor. Todos están felices, y por un momento olvidan que en realidad no tienen casa dónde vivir, pues no hay mucha diferencia entre quedarse allí o mudarse a un hogar de paso. No hay muros ni techo que los resguarden de la lluvia, el frío o el sol, y sin embargo los Roldán Correa permanecen allí, como una rara e impenetrable pared hecha de orgullo, sangre y misticismo.

No van a irse a ninguna parte. No quieren irse a ninguna parte. UC





A veces apestas a gasolina y hollín, mi pequeña Detroit
Gonzalo Arango

Al final del año pasado David Bing, el alcalde de Detroit, firmó un decreto que autorizaba la democión de 4.500 viviendas. Eran las medidas necesarias para una ciudad que espanta y fascina a sus visitantes. Pero queda mucho trabajo por hacer. Detroit se declaró en quiebra hace un mes y todavía tiene 78.000 edificios abandonados. La demolición es una ciencia dura. La ciudad se ha convertido en el principal destino del turismo de la devastación y el abandono. Los barrios desaparecen y la hierba hace pensar en una nueva vocación agrícola para la *city* que inauguró el pavimento en las calles. Las fotografías de Camila Botero muestran las edificaciones donde viven y trabajan los últimos guardianes de algunas zonas que pronto serán baldías.

Fachadas de iglesias y licoreras que siguen titilando y ofreciendo sus puertas y ventanas a quienes todavía se atreven a lo divino y lo humano. Un complemento necesario en una ciudad para la que algunos cínicos han propuesto un parque temático zombi. Las construcciones elegidas por Botero solo necesitan estar en pie y exhibir sus anuncios recién pintados con una estética pueril. Sus alrededores desiertos les entregan la majestuosidad, la extrañeza, el aura de sobrevivientes. En la elección de estos modestos “templos” está el mérito de quien tuvo a la vista enormes monumentos a la decadencia. No en vano, cuando uno escribe Motor Town en los buscadores de Internet aparecen varios avisos sin neón que promocionan las “fabulosas ruinas de Detroit”. Es seguro que Disney está pensando en algo. ☹





Detroit

Fotografías de Camila Botero



Una reacción literaria

por EFRÉN GIRALDO

Ilustraciones: x10



La obra del escoliasta Nicolás Gómez Dávila ha gozado de una amplia difusión en los últimos años. Traducciones a diferentes idiomas, eventos académicos dedicados a discutir sus libros, compilaciones y reediciones han consolidado en la academia lo que algunos pocos lectores amigos ya sabían desde los años cincuenta: que el nacido en Cajicá en 1913 es autor de una de las obras más importantes de la literatura del siglo XX. Este año, con motivo de su centenario, nuevas versiones a lenguas extranjeras, reuniones de estudiosos y aficionados, homenajes y galas en diferentes países permiten observar el prestigio y la acogida para sus prosas y sus aforismos, que siguen seduciendo a lectores de los más diversos orígenes.

Vale la pena aclarar dos asuntos: la acogida de los escolios es reciente y gran parte del entusiasmo se debe a la contradictoria seducción que ejerce la figura del escritor, aquel "solitario de Dios", como lo llamó Franco Volpi, su divulgador europeo.

Si bien desde la aparición de los primeros textos de Gómez Dávila en la revista *Mito* este tuvo lectores entusiastas (Ernesto Volkening, Hernando Téllez), su

recepción en Colombia solo se dio luego de iniciativas editoriales irregulares que arrancaron las páginas de las manos del autor. De hecho, apenas hasta la publicación de las compilaciones de escolios hechas por el Instituto Colombiano de Cultura (en 1977, 1986 y 1992) su obra empezó a conocerse entre lectores que, aun aceptando su importancia filosófica, advirtieron la cuidadosa artesanía con que habían sido hechos los escolios, un remoto género de escritura aforística que el autor rehabilitó.

Dominan en estas piezas la gracia, la agudeza, la paradoja, en una especie de síntesis vecina del ensayo mínimo, la poesía y la forma sapiencial. "Una suerte de puntillismo literario", como él mismo lo definió, donde siempre corresponde al lector encontrar el "texto implícito" a que remiten los fragmentos. El sentido del humor, la elegancia conceptual, el dominio sobre el paralelismo, la imagen y la negación no tienen parangón. También habría que añadir la tendencia a la estrategia de choque, la fustigación y la definición negativa, heredadas de los moralistas franceses, las cuales parecen coincidir con el deseo de las estéticas vanguardistas de producir una conmoción en el lector.

Incluso reconociendo su manera fulminante de llevar al paredón las más apreciadas certezas modernas, es notoria la manera orgullosamente humilde de referirse a su propio oficio: "no intento ofrecer sino esbozos de ideas, leves gestos hacia ellas". Aunque, como advierten los estudiosos del escoliasta, nunca nos sentiremos bien transcribiendo fragmentos de un escritor que ahuyentó de antemano a sus comentaristas y a los comentaristas de todas las obras: "Quien cita a un autor muestra que fue incapaz de asimilárselo".

Pese al tono sentencioso de sus piezas minúsculas y afiladas, la suya es una escritura que fluye con rara naturalidad, revelando impensados matices en opiniones corrientes o engañosamente simples. "La inteligencia aísla; la estupididad congrega", dice en uno de sus escolios. "Humano es el adjetivo que sirve para justificar cualquier vileza", señala en otro.

Por su parte, la figura del escritor de los escolios ha pasado a ser tan característica e inconfundible como la misma obra. En esto, por supuesto, han jugado papel relevante el mito y las imágenes, algo en lo que poco reparan los académicos. Las imágenes comunes

hablan de un hombre que, apoyado en sus grandes posibilidades económicas, practicó un estilo de vida aristocrático, distante de las urgencias de su época y de los imperativos de la vida contemporánea, a cuyos ídolos fustigó de un modo que aún resulta embarazoso para los defensores del progreso, la igualdad y la democracia.

La academia colombiana, empeñada a veces en un proselitismo fácil y en creer que la cultura es la zona franca de la moralidad burocratizada, hambrienta de figuración mediática, ha encontrado difícil la ubicación de un escritor de características que aterran a los magos de la corrección: católico, reaccionario, enemigo de la técnica, el desarrollo, la democracia y el progreso. Algo que desde otra perspectiva resulta comprensible, si pensamos en alguien que se atrevió a decir que "el amor al pueblo es vocación del aristócrata" porque "el demócrata sólo lo ama en período electoral". Muchos autores, luego de señalar el gozo que les producen los escolios, proceden a aclarar que las ideas del colombiano les causan irritación. Algo que recuerda al Borges que confesó valorar los textos filosóficos estéticamente, y no por lo

Escolios I, Escolios II, Escolios nuevos I, Escolios nuevos II, Notas y Sucesivos escolios a un texto implícito.

"Limitar nuestro auditorio limita nuestras claudicaciones. La soledad es el único árbitro insobornable" (E1)
 "El amor es el órgano con que percibimos la inconfundible individualidad de los seres" (E1)
 "Nuestra última esperanza está en la injusticia de Dios" (E1)
 "Después de desacreditar la virtud, este siglo logró desacreditar los vicios" (E1)
 "Las perversiones se han vuelto parques suburbanos que frecuentan en familia las muchedumbres domingueras" (E1)
 "Las sociedades se diferencian meramente en el estatuto de sus esclavos y en el nombre que les dan" (E1)
 "El moderno nunca se siente tan personal como cuando hace lo mismo que todos" (E1)
 "De los modernos sucedáneos de la religión probablemente el menos abyecto es el vicio" (E1)
 "Dios es la condición trascendental de la absurdidad del universo" (E1)
 "¿Quién no teme que el más trivial de sus momentos presentes parezca un paraíso perdido en sus años venideros?" (E1)
 "El futuro es fastidioso, porque allí nada impide que el imbécil aposente sus sueños" (E1)
 "Cierta cortesía intelectual nos hace preferir la palabra ambigua. El vocablo unívoco somete el universo a su arbitraria rigidez" (E1)
 "El perdón es la forma sublime del desprecio" (E1)
 "Ninguna idea que necesite apoyo lo merece" (E1)
 "Curar un alma enferma es casi siempre privarla de su única espiritualidad" (E1)
 "El gran escritor parece inventar lo que dice, porque una prosa perfecta suprime el recuerdo de todo balbuceo que le anticipa" (E1)
 "Un cuerpo desnudo resuelve todos los problemas del universo" (E1)
 "Quisiéramos no acariciar el cuerpo que amamos, sino ser la caricia" (E1)
 "Sólo nos labran los cauces de torrentes momentáneos" (E1)
 "La felicidad es un instante de silencio entre dos ruidos de la vida" (E1)
 "El Segundo Concilio Vaticano parece menos una asamblea episcopal que un conciliábulo de manufactureros asustados porque perdieron la clientela" (E1)
 "En otros idiomas existe una prosa correcta para uso cotidiano, mientras que en español sólo el gran escritor escribe decentemente. El libro mediocre es más mediocre en español que en otros idiomas" (E1)
 "La más breve conmoción del alma nos hace sentir nuestra existencia como una fosa que se llena" (E1)
 "Toda vida es un experimento fracasado" (E1)
 "El número de soluciones atrevidas que un político propone crece con la estupidez de los oyentes" (E1)
 "Cuando cese la última oración al último fetiche, el universo se desvanecerá en la nada" (E1)
 "Si no se suicida el ateo no tiene derecho a creerse lúcido" (E1)
 "Los verdaderos problemas no tienen solución sino historia" (E1)

"El diálogo pervierte a sus participantes. O porfían por pugnacidad, o conceden por desidia" (E2)
 "Toda recta lleva derecho a un infierno" (E2)
 "Al que dibuja el mapa del mundo, el mundo se le suele volver mapa" (E2)
 "El reaccionario no se vuelve conservador sino en las épocas que guardan algo digno de ser conservado" (E2)
 "La lealtad es la única causa que no perece al triunfar" (E2)
 "Ningún milagro parece milagro a quienes no estaba destinado" (E2)
 "El escritor que no ha torturado sus frases tortura al lector" (E2)
 "El egoísmo del imbécil es la salvaguarda de sus vecinos" (E2)
 "Los conservadores actuales no son más que liberales maltratados por la democracia" (E2)
 "El erotismo es la última escaramuza contra la invasora insignificancia del mundo" (E2)
 "La cultura vive de ser diversión y muere de ser profesión" (E2)
 "El fragmento incluye más que el sistema" (E2)
 "La poesía no tiene sitio en el mundo."
 "Es un resplandor que se infiltra por sus grietas" (E2)
 "La imbecilidad cambia de tema en cada época para que no la reconozcan" (E2)
 "Sólo es racional inclinarnos ante una mayoría cuando estamos desarmados" (E2)
 "Entre las ideas sólo son inmorales las estúpidas" (E2)
 "La mano que no supo acariciar no sabe escribir" (EN1)
 "El paso de la verdad no hace crujir las gradas sino cuando se aleja" (EN1)
 "No todo profesor es estúpido, pero todo estúpido es profesor" (EN1)
 "La fe -cualquier fe- se pierde frecuentando correligionarios" (EN2)
 "El creyente es superior al incrédulo, porque la incredulidad es solución y la fe problema" (EN2)
 "Todo, en un momento dado, depende del mayor o menor poder de los imbéciles" (EN2)
 "Pocos saben adoptar una solución sin predicarla" (EN2)
 "Hablar de los muertos con superioridad de vivo es moda reciente" (EN2)
 "El esteticismo auténtico es una disciplina austera, no un hedonismo vulgar" (SE)
 "Lo contrario de lo absurdo no es la razón sino la dicha" (SE)
 "Sólo debe hablar el que sabe; los demás sólo debemos aludir" (SE)
 "Sólo nos parece adecuado el estudio crítico sobre autor que no nos importa" (SE)
 "Hay innumerables maneras de escribir bien, mientras que lo mal escrito tiene aire de familia" (SE)
 "El moderno no tiene vida interior: apenas conflictos internos" (SE)
 "La inteligencia que olvida o desprecia los gestos voluptuosos desconoce la densidad que presta al mundo la oscura presencia de la carne" (N)
 "Viajar por Europa es visitar una casa para que los criados nos muestren las salas vacías donde hubo fiestas maravillosas" (N)
 "No he querido viajar, porque ante todo paisaje que me conmueve, mi corazón se desgarró por no poder morar allí eternamente" (N)



EL IMPERIO DEL MAL GUSTO

por JORGE ANDRÉS COLORADO VÉLEZ

que en últimas decían. Eso ocurrió, por ejemplo, con Fernando Savater, quien en *El gran odioso* expuso sus reservas con alguien que pudiera suscribir ideas a partir de axiomas inaceptables, pero cuya escritura es irresistible y cuyas conclusiones críticas acaban por convencer en no pocas ocasiones.

Por otro lado, un anciano políglota, de elevada estatura, recluso en la enorme biblioteca de su casa, alejado de las veleidades de la vida literaria y la academia, es la imagen más recurrente que nos ha dejado su mitología. Un hombre que pacientemente se atribuyó a sí mismo una tarea secundaria: la de glosar el largo texto de la tradición: “Amanuense de siglos, sólo compongo un centón reaccionario”, se retrató en uno de sus fragmentos. Sin embargo, están también las declaraciones enigmáticas sobre la vida familiar, la amistad y los amores literarios y filosóficos, que todavía aguardan a un biógrafo capaz de recoger el desafío que lanza uno de sus fragmentos, usado por Villegas Editores en la guarda de uno de sus libros: “vivir con lucidez una vida sencilla, callada, discreta, entre libros inteligentes, amando a unos pocos seres”.

El autor de estas líneas, entre los muchos Gómez Dávila, reconoce dos como los más dominantes: el que atrae a lectores que buscan las ideas, la coherencia en el pensamiento e, incluso, una especie de guía moral. (Se conocen varios que, religiosamente, envían a sus contactos un escolio comentado y adhieren con fiereza a la ideología de la que derivan). Y, por el otro, aquellos que, con independencia de su filiación política o religiosa, encuentran irresistibles, desde el punto de vista estético o de la hondura filosófica, los escolios y las notas. Dos hábitos de acercamiento a una obra que no se deja encasillar, que vive en su maestría formal y en una rara coherencia. De seguro hay otros, pero quizás son estos los que, con independencia de los matices, convocan a la mayoría de lectores. Se trata de un testimonio invaluable: el de una artesanía paciente y laboriosa, que eligió formas menores porque ellas son “la expresión verbal más discreta y más vecina del silencio”. UC



A principios de la segunda década del siglo XXI, que los científicos sociales y los intelectuales denominan “civilización del espectáculo”, aún quedan espacios y manifestaciones que procuran reivindicar la creación y las artes a pesar del dominio de la imagen.

Si bien la frivolidad y el esnobismo se han tomado las oficinas de las universidades, algunas propician el debate en torno a la importancia de las artes y el pensamiento crítico. ¿Tan grande es su poder?, se podría preguntar cualquier ciudadano de a pie. Sí, es tan grande como el poder de cualquier imperio que por lo obvio se hace invisible.

Cecilia Giménez, natural de Zaragoza, España, de ochenta años de edad, tal vez no sepa qué es Facebook o Twitter. Es probable que su relación con el espectáculo se reduzca a la homilía semanal, las horas diarias de televisión y los encuentros con sus amigas. Su fallida restauración del *Ecce Homo* de Elías García Martínez se transformó, gracias a la frivolidad imperante, en el último estandarte de la “civilización del espectáculo”.

Ante las voces de indignación y rechazo de los cultores del arte –museos, academias, coleccionistas, etc.– en los democráticos medios de comunicación, aparte de las mofas flojas, se han creado grupos en Twitter y Facebook que exigen se deje el *Ecce Homo* tal como quedó después de la intervención de doña Cecilia, argumentando que la suya es una crítica al arte preciosista, elitista y costosa de una corte que se cree dueña de la verdad. Pero por desgracia eso no es del todo cierto.

Sin negar la existencia de dicha corte –ni el mal que le hace al arte en particular y a la creación en general–, quienes entre risas y bromas respaldan a Cecilia Giménez no hacen otra cosa que excusar su frivolidad y tratar de profundizar el deseo –por desgracia ya bastante generalizado– de convalidar como arte todo aquello que dicen crear quienes buscan la fama en medio del frenesí de la fiesta y la televisión. UC



ENCUENTRO DE ARTISTAS

INAUGURACIÓN
7 DE SEPTIEMBRE
6:00 PM

ESCUELA DE ARTES
INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA
SALAZAR Y HERRERA
CARRERA 70 N°52 - 49

ESPACIOS EN RED



SEPT. OCT. NOV 2013 [FACEBOOK/SNACKMEDELLIN](https://www.facebook.com/snackmedellin) [SNACKMEDELLIN.BLOGSPOT.COM](http://snackmedellin.blogspot.com)

SNACK MEDELLIN

Arte y espacios a prueba

PARALELO AL 43 SNA

PUERTO CAMELIAS

por PASCUAL GAVIRIA

La cuadrilla no era más que un grupo de siete colonos con intereses comunes y un líder. No conocían formas de organización distintas a las mencionadas en los cuadernillos comunistas de las Farc o las desplegadas por el ejército en la zona. En otras circunstancias habrían sido sencillamente un grupo de amigos; en medio de la selva, en la vereda El Jardín del municipio de Cartagena del Chairá, eran una escuadra. El profesor tenía el mando y la confianza de sus hombres: “esa gente daba la vida por mí”, dice, y cuenta cómo amarraron a un parroquiano por el solo hecho de hablar mal del jefe de la manada. Un antiguo soldado era el encargado de las estrategias y las paranoias. ‘El Indio’ hacía la cartografía, y entre todos sembraban y marcaban un territorio que dejaba de ser tierra de nadie.

Al comienzo fue el maíz. La coca era todavía un secreto guardado en las selvas del Perú y en las montañas de Bolivia. La escuadra cuidaba el territorio, autorizaba el ingreso, repartía los terrenos para la roza, inventaba una escuela con la tala de cuatro árboles, e intentaba vender sus cosechas a los funcionarios del Idema. La guerrilla era una presencia lejana, un eco que venía del Alto Caguán y dejaba ver sus hombres de vez en cuando para llevar un discurso igualitario o una orden perentoria.

La persona que llegaba a El Jardín tenía que venir recomendada y su visita debía durar al menos veinte días, para ganarse la confianza y evitar que la vereda se convirtiera en puerto de paso de los cientos de recién llegados. La figura del “soldado”, sus manos que saludaban dejando una constancia, era suficiente para hacer cumplir un reglamento que se creaba día a día. Una pistola 9mm era la fuerza militar de esa escuadra que sentía fundar un pequeño reino. Crecía el germen de un caserío, se formaban las lealtades y las reglas, las deudas y las necesidades de protección que dan forma a las comunidades primarias: “hasta la guerrilla nos pedía permiso”, dice con orgullo el profesor, quien nunca creyó que una de sus normas pudiera convertirse en una emboscada en su contra. Uno de los miembros de la escuadra anunció tarde la llegada de una prima desde Florencia, y para calmar los ánimos dijo que la sacaría temprano al día siguiente. La orden fue que tenía que quedarse al menos dos semanas en la vereda, tiempo suficiente para que el profesor se enamorara de la rehén, con quien vive desde hace más de treinta años.

La marihuana era compañera en las labores del campo. Según las órdenes del profesor, solo se podía prender después del baño y el tinto de madrugada, cuando ya se le había dado al menos un golpe a la tierra, antes del desayuno que llegaba siempre a media mañana. La organización en El Jardín hizo que las Farc se interesaran por el líder de la zona y llegó a Monserate la invitación para un curso de lecturas políticas que incluían a Marx y Engels. Todo se resumía en una máxima irresistible: “Que los ricos no sean tan ricos ni los pobres tan pobres”. El profesor ya estaba en la política, y el río Caguán y la coca jalaban a la pequeña escuadra hasta la orilla.

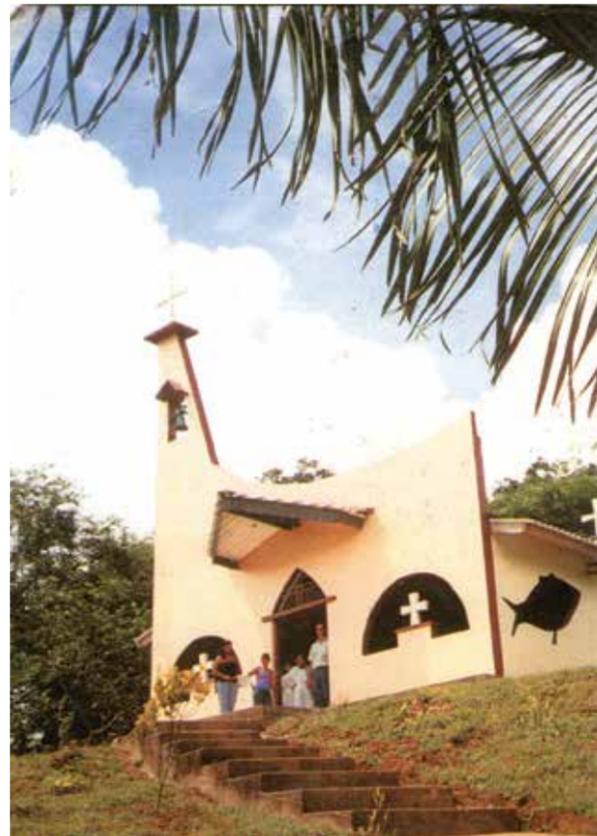
A comienzos de los ochenta, cuando el jornal se pagaba a 45 pesos, un deslumbramiento llegó en la forma de una semilla que llamaban pajarita. En los límites de El Jardín, en una zona donde si acaso se sembraba un lote de yuca, unos colonos tumbaron diecisiete hectáreas para cultivo y comenzaron a ofrecer cien pesos por jornal: “y a quién hay que matar”, fue la primera pregunta de los campesinos incrédulos. Había llegado la coca y todo era de un verde más pálido y más prometedor. Al tiempo llegaron desde el Perú las estacas de las matas de coca, y detrás los cocineros monos, los químicos, y la riada de colonos de Nariño, Huila, Tolima y Cundinamarca.

En ese momento la orilla del río Caguán ya tenía una tienda en la finca Camelias, a más o menos una hora de Remolinos, el caserío más cercano. Marquitos había levantado su rancho para vender enlatados, pilas, jabones, algunos granos y cerveza al clima. Los fines de semana llevaba una res para atraer a los habitantes de monte adentro. “Marquitos nos creó la necesidad de bajar al río, y nosotros comenzamos a prestarle para surtir la tienda”, dice el profesor. La plata subía y bajaba en tulas por el río Caguán, las grameras eran artículo de primera necesidad, y en una hoja de papel se trazaron las calles de lo que sería Puerto Camelias: “usted sabe que con la coca se construyen puentes donde no hay ríos”, dice el profesor, que muy pronto se convertiría en presidente de la Junta de Acción Comunal, única autoridad del pueblo naciente. Las veredas El Jardín y Palmichal miraban desde la selva el auge de Puerto Camelias, un caserío repentino, advenedizo, coccalero y próspero. En la hoja de fundación de trazó una vía de 300 metros desde el río hasta el monte, y tres calles que la cruzaban: una cercana al río, la calle del medio y la calle del fondo. Luego vendrían la placa polideportiva, la cancha de fútbol, la planta eléctrica, el puesto de salud, la capilla de Nuestra Señora de la Paz y las tiendas y restaurantes. Marquitos no alcanzó a ver el pueblo que había sembrado con sus cajas de cerveza, sus cartones de cigarrillos, su jabón Axion y su degüello semanal. “Ese pueblo lo estábamos construyendo pal futuro. Le pusimos cemento a las calles, pintamos las casas en convites que terminaban en fiesta, ganamos el campeonato de micro con los niños de primaria... Había 95 casas y 105 familias”.

Puerto Camelias servía también como una especie de biblioteca para Fabián Ramírez, uno de los miembros del secretariado de las Farc. El profesor mandaba a comprar todas las revistas y periódicos en los puestos de Florencia; la lectura era su ventaja, siempre lo supo: “yo era un tuerto, rey entre los ciegos. Cuando llegué, el noventa por ciento de la gente con que me relacionaba era analfabeta”. De modo que Ramírez pasaba a revisar prensa y a comentar las últimas noticias con uno de los únicos contertulios informados de la zona, el mismo que terminó siendo negociador de las marchas coccaleras que tuvieron a Samper más caído de lo que estaba.

Uno de los pilotos de las avionetas fumigadoras le reclamaba al profesor en una tarde de cervezas en Cartagena del Chairá: “yo había visto coca, pero ustedes la tienen toda. Con mi tanque no alcanzo a fumigar todos los cortes, me toca en dos tandas, ir hasta Tres Esquinas y volver con el veneno”. Coqueros y fumigadores hacían parte de una misma familia; eran los protagonistas de un ritual lejano que todavía se repite, luego de veinte años de erradicación y resiembra. En Puerto Camelias se llegó a embarcar una tonelada de base de coca cada semana. Entre sábado y domingo llegaban los compradores oficiales, y el pueblo era una tronería de música y borrachos. En esa misma época Sonia –extraditada hace unos años– tenía su discoteca en Peñas Coloradas, y las marchas coccaleras del 96 mostraban que las Farc tenían una base social en el sur que se había subestimado.

Puerto Camelias no resistió los coletazos del Caguán y la ofensiva del Plan Colombia. No fue un pueblo para el futuro, como pensaban el profesor y su tropa. Los cultivos de coca en Colombia se han reducido a cerca de una tercera parte de lo que había a mediados del noventa, y Nariño, Putumayo y Norte de Santander son ahora los más importantes centros coccaleros. De las 105 familias quedan si acaso veinte, entre los rastrojos que se comen las casas de madera. Del restaurante del profesor no queda más que un lavadero al aire libre. Las orillas de una pequeña bonanza dejan siempre algunas historias macabras, fotos borrosas en los cajones de los colonos, y una iglesia que soporta los embates de la selva. UC



Leticia, Amazonas

por SEBASTIÁN GÓMEZ



Tal vez fue el hastío el que me empujó a comprar un ticket de avión rumbo a Leticia, la enigmática capital del departamento más grande de Colombia. Me fui con el firme propósito de acostarme tarde, despertarme tarde y no contestarle el celular ni a mi mamá, además de aguantar calor y comer tucunará, un pez de agua dulce muy popular en las comarcas amazónicas de Perú, Colombia y Brasil, las tres naciones colindantes donde se erigió el bastión portuario de Leticia, que, como todos los puertos del planeta, sean fluviales, marítimos o aéreos, está lleno de historias sorprendentes.

John Jairo Escobar fue el taxista que me recogió en el aeropuerto Alfredo Vásquez Cobo. Setenta y cinco años, trigüero, barba cana y gorra Lacoste: “nada como la ropita de buena marca, ¿sí o no, paisa?”, dice. Es un tipo recorrido, un personaje como cientos en este país, producto típico del atrabancado siglo XX colombiano. Nació en Campoalegre, Huila; se crió en Manizales, Caldas; prestó servicio militar en Florencia, Caquetá; fue guaquero en Montenegro, Quindío, y arrendador de caballos de paso fino en Purificación, Tolima. Hoy es propietario de una flamante nave modelo 1996, un Chevrolet con una banderita de Colombia izada en la antena a pesar de tener placas de Manaos. “Los brasileños son buena gente hasta que se emborrachan; por eso es que a veces no me gustan. Yo aquí, en esta frontera, cada día me siento más colombiano”, pontifica John Jairo, a quien más de tres décadas en Leticia le han conferido conocimiento de causa.

Las diferentes oleadas de migrantes de todos los departamentos del país, atraídos por las múltiples bonanzas que ha tenido Leticia, hacen de la ciudad un crisol de acentos, fenotipos y *habitus* nacionales. En Leticia es posible desayunar changua, almorzar lechona o bandeja paisa y comer pan con avena “original de Venadillo” (Tolima).

También es posible oír reguetón, salsa romántica, guasca y el omnipresente vallenato, que, por cierto, es bastante socorrido por los brasileños de Tabatinga, ciudad limítrofe con Leticia en su margen oriental.

A pesar de lo distante de otras capitales de departamento y del escollo que supone la enorme selva, en Leticia se siente con menos rigor el pérfido centralismo nacional. Comparada con Sincelejo, Puerto Carreño o Mitú, Leticia es una ciudad de alcances mayores. “Se mueve plata, que es lo que le gusta a la gente”, asegura John Jairo. Claro, la plata de las bonanzas que han movido hasta la cuenca amazónica a gente de la alta Guajira. No por nada hay siete sucursales bancarias, varias casas de empeño, decenas de sanandrecitos donde se comercializan electrodomésticos procedentes de la zona franca de Manaos, y celeberrimas casas de citas.

Pero en Leticia no todo está revestido por el sórdido cariz de las zonas fronterizas. En la vía a Tarapacá –pueblo célebre en la historia militar colombiana– se ubica la sede Amazonia de la Universidad Nacional de Colombia, un respetado y hermoso claustro universitario donde se imparten posgrados con un nivel académico de reconocimiento mundial. Gracias a esta sede universitaria, también migran jóvenes estudiantes de varias regiones del país, movidos por el deseo de desentrañar los secretos biológicos, antropológicos, históricos y lingüísticos de la selva. Los estudiantes –sobre todo los del interior– se han ido convirtiendo en un fenotipo propio de la ciudad, y por ellos han prosperado algunos agradables bares de *rock n’ roll*.

“El perdido busca el monte”, replica John Jairo cuando le pregunto por la gente y las historias de Leticia, retomando una frase que aprendió de su papá. “Eso ha sido es por las bonanzas, no le busque más”, remata con la milenaria sabiduría de los taxistas. “Perdidos pero encontrados”, agrego antes de referirle la historia de un muchacho de Duitama, Boyacá, que se hizo sacristán de una parroquia de Leticia y cualquier día apareció muerto, irreconocible por los tiros y machetazos que le habían propinado. Al parecer, el joven en cuestión fraguó un negocio turbio en Muzo, y el estafado, un ahijado de Víctor Carranza, lo buscó por medio país hasta ubicarlo en la capital amazónica. Lo ajusticiaron a la salida de la sacristía por órdenes del esmeraldero.

“Es que cuando uno conoce la plata, y ve que eso se multiplica...”, dice John Jairo, y me sigue contando algunos pormenores de la codicia suscitada por las bonanzas: “de los tiempos del caucho hay muchas historias que ya están por ahí escritas en libros”. Libros que se pueden consultar en la Sala Amazonas de la Biblioteca del Banco de la República, de la que John Jairo es asiduo

visitante: “nada más sabroso, paisa, que venirse para acá, con aire acondicionado, a leer la prensa y resolver el crucigrama”. En efecto, en la biblioteca existe, amén de una bella sala de exposiciones, una excelente documentación sobre el llamado “conflicto de Leticia”, en la que hay varios textos de aquel “cantor de América, autóctono y salvaje”, José Santos Chocano, gran poeta del Perú y militante de la causa maderista en México, quien siendo parte del servicio diplomático peruano mantuvo sendas posiciones políticas frente a los resultados de la única guerra internacional sostenida por el Estado colombiano. “Pero yo de eso no sé nada. Por ahí hay una estatua en la plaza, un monumento a los soldados de la guerra”, aclara el taxista.

John Jairo arribó a Leticia a mediados de la década del setenta, luego de pasar por Cali, Popayán y Florencia, donde remontó el Orteguzaza y el Caquetá, y desembocó en el Amazonas en una embarcación que surtía cerveza y víveres a los poblados ribereños. En la capital de la entonces Intendencia del Amazonas comenzó a trabajar en lo que él denomina como “la bonanza blanca”: la fiebre de la coca, la pasta procesada en las cocinas amazónicas de Perú, Colombia y Brasil, poderoso motivo para que colombianos como John Jairo se aventuraran a radicarse en la ciudad. “Aquí había prostíbulos famosos hasta en el Brasil”, dice, refiriéndose a El Padrino, Monterrey y Las Pachas de Tarapacá, grandes lupanares donde oficiaron mujeres de Barranquilla, Medellín y Cali, además de ecuatorianas, brasileñas, peruanas y hasta una venezolana llamada María Antonieta. También hubo travestis de nacionalidad desconocida que a puerta cerrada ofrecían espectáculos en los burdeles: “un soldado de allí de la base se enamoró de uno”, cuenta John Jairo.

En Leticia es vox pópuli que Gonzalo Rodríguez Gacha –aunque algunos insisten en que fue Pablo Escobar– estuvo presente en la inauguración de la primera gallera, rifó un reloj de oro y compró en efectivo varias toneladas de polvo traídas desde Iquitos por el río, mercancía que sacó de la selva rumbo a algún destino en el Atlántico. Se cuenta, además, que a finales de los setenta, atraído por la bonanza cocalera, apareció un tal ‘Sietepintas’, gatillero antioqueño que purgó condena en el penal de Araracuara. Su mote se debía a que se cambiaba de ropa varias veces al día. ‘Sietepintas’, que vendía marihuana cultivada por él mismo, murió acuchillado por un tipo de apellido Candamil, “que mataba a cuchillo y a cuchillo murió”, mientras bailaba samba en un bar de Tabatinga en horas de la madrugada. Al parecer, un patrón paisa mandó vengar la muerte de ‘Sietepintas’, y le ordenó a uno de sus trabajadores que exhumara el cadáver de Candamil,

le cortara la cabeza y se la llevara para constatar su muerte.

Historias como esas se gestaron durante la bonanza cocalera en la Leticia del célebre capo Evaristo Porras Ardila, cacique del narcotráfico amazónico y socio de Pablo Escobar, quien falleció menesteroso en 2010. Sobreviven las ruinas de su mansión, cercana al centro de Leticia, una edificación de dos pisos que, según se cuenta, era réplica de la casa de los Carrington, el clan que protagonizó *Dinastía*, la célebre serie de televisión ochentera. “Pero esas historias no se acaban ahí”, dice John Jairo. En Leticia el tráfico de estupefacientes hacia Brasil, el Pacífico y el Atlántico siguió siendo un rubro intermitente de la economía, aunque ya no es posible hablar de “bonanza” como en las agitadas décadas pasadas. De hecho, algunos personajes vinculados a la *boom* cocalera llegaron a convertirse en celebridades menores al diversificar sus horizontes financieros hacia otros negocios clandestinos. Uno de ellos, “un loco gringo que nunca se había visto” llamado Mike Salinski, incursionó en un negocio que nunca se había explotado con intensidad en la Amazonia: las pieles de animales. Serpientes, caimanes, micos y otros mamíferos sucumbieron a la codicia del gringo, a quien vieron pagar en dólares varios barcos repletos de jaulas con animales que posteriormente serían desollados. “Uno veía cómo volvían a embarcar todos esos cueros ensangrentados para el Brasil”, comenta John Jairo un poco perturbado. Las pieles se comercializaban en Río de Janeiro, São Paulo y Caracas, y luego se revendían a confeccionistas de New York, París y Milán. Las noticias sobre el enriquecimiento de Salinski a costa de la fauna endémica no tardaron en alertar a las autoridades. La Policía Nacional de Colombia y el Inderena le incautaron lo que sería el último cargamento de micos vivos que tenía asegurados para el desuello y, a decir de varios leticianos que también conocieron al gringo, gran parte de los primates que hoy pueblan la conocida Isla de los Micos, en Puerto Nariño, son descendientes de aquellos que la autoridad logró decomisarle.

“Historias es lo que hay para contar aquí en Leticia, mijo”, dice John Jairo. Historias que no cesarán de producirse pronto, pues en la ciudad se siente la preparación del próximo Mundial, y cada vez aterrizan aviones de mayor capacidad en el aeropuerto Alfredo Vásquez Cobo. Manaos, capital de este tropical infierno verde, acogerá a miles de personas que llegarán por el río desde varios rincones del septentrión suramericano para gozar de los negocios y las emociones del evento futbolístico. Habrá una nueva bonanza, un nuevo sartal de historias para contar, escribir y recordar. Mientras tanto, a la espera de buenos horizontes, el taxista sonríe feliz. UC

La tercera carpintería

por JUAN CARLOS ORREGO

Ilustración: Mauricio Ospina

En una esquina de Manrique Central se alzan tres talleres del más acogedor de los oficios humanos: sendas carpinterías. Es ocioso explicar por qué ese tipo de arte está tocado por la gracia –bastaría pensar en la calidez de la viruta, asiento del más divino de los alumbramientos; o en el olor de la madera, evocador de barricas de vino–, y asimismo es inútil insistir en por qué una esquina en que hay tres réplicas del Edén es especial. Mucho más justificado resulta contar por qué mi dicha ante la epifanía vino a derrumbarse como el cuerpo de Cristo de subida por el Calvario.

El sitio corresponde al cruce de la empinada calle 69 y la carrera 45, pista del bus metropolitano, casi llana en ese tramo; concretamente, la esquina suroccidental. Hay allí un caserón con visos de edificio, aunque tan derruido y ceniciento que no parece ni lo uno ni lo otro, sino, apenas, el cuerpo inútil de un gigante viejo. Sobre la calle, cuatro árboles maduros echan una sombra magnífica contra los negocios que prosperan –es un decir– en la parte baja del caserón, que si por la calle exhibe tres pisos, por la carrera solo deja ver dos.

Hasta hace poco, solo funcionaban la cerrajería y la carpintería que está más hacia el occidente, en la parte más baja de la presunta zona de ensueño. Pero en ese contexto me pareció, siempre, una carpintería indigna: demasiado aséptica, o quizá en desventaja frente a la cerrajería, adornada con su perro –cochambroso pero feliz, entregado sin remordimiento a la molición– y su cerrajero, carismático al primer golpe de vista. De subida por la calle hacia la panadería del barrio siempre sentí grata la transición entre la carpintería y la cerrajería, y solo extrañaba el local maderero cuando, al coronar la cumbre y voltear en la esquina, me veía obligado a encarar una papelería regentada por una mujer de ojos muy abiertos –gesto susceptible de desconfianza– e, inmediatamente, una puerta de aluminio y una ventanita chocante, cubierta permanentemente con una tela ocre, todo ello bajo la mole del caserón.

Todo cambió un sábado de hace un par de meses. A media mañana subía yo por la calle hacia la carrera, creo que con la idea de comprar pan o de granjearme un aguacate en una revueltería que había acabado de descubrir sobre la 45. Al pasar por la primera carpintería –que para entonces yo creía única– vi que su orden sosegado había sido trastocado con exquisito gusto: el aserrín se acumulaba en todos los rincones, una lamparita alumbraba sobre la mesa del carpintero y un turbador olor a cola se derramaba hasta la calle. La carpintería parecía, ahora sí, una carpintería, y nada dejaba recordar ese ámbito que irritaba por su apariencia hospitalaria (de hecho, pude recordar que las paredes eran blancas, y vi que también eso había sido felizmente alterado, pues

uno de los muros había sido pintado de un color pardo, propio de galpones). Mi entusiasmo no decayó cuando pasé por la cerrajería y vi cómo el patrón, sin trabajo alguno, tomaba tinto recostado al marco de la puerta, con el perro ovillado a sus pies. La experiencia se hizo apoteósica cuando, pasada la cerrajería, por la ventana del último local que hay antes de llegar a la esquina, distinguí a un hombre sin camisa, peludo como un oso, cepillando una tabla; llevaba un clavo en la boca, y tras su espalda se alzaba un estante lleno de frascos y con láminas de mujeres desnudas colgadas de los entrepaños –tanto daba si se trataba de Larissa Riquelme o de las perezosas mujeres de Renoir–. Habían abierto una nueva carpintería; una por completo ajustada a los cánones estilísticos del oficio. Pero, aunque no sea crea, el milagro sobrevino luego de lo que ya parecía inmejorable.

Al doblar la esquina descubrí que había una tercera carpintería. Quise llorar. Nostálgico, había alcanzado la cima de la vereda y pasado bajo la loca mirada de la dependienta de la papelería, seguro de que la exquisita actualización del pesebre de Belén ya había terminado, cuando por la puerta de aluminio y la fea ventanita –a la sazón abiertas– alcancé a ver otra escena entrañable: dos hombres –uno gordo y otro flaco– conversaban acomodados sobre un banco de madera, entre montañas de viruta y con un escenario, atrás, conformado por algo que me parecieron puertas exquisitamente talladas. Advertido, desde niño, de que conviene no creer en prodigios, me expliqué la inopinada multiplicación de las carpinterías por la única vía que creí lógica: la ventana por la

que se contemplaba el oso y esta nueva puerta pertenecían a un mismo local; serían los aposentos de una misma carpintería, comunicados por quién sabe qué recovecos en el misterioso interior del caserón esquinero. Pero, aun si fuera así, el milagro no cedía un ápice, pues, más allá del número de patrones o locales, lo que importaba era que, conforme uno rodeaba el viejo edificio, se iban revelando las mejores estampas del sagrado y mullido oficio.

Lo bueno, si breve, dos veces bueno; eso dijeron los sabios de otras épocas, Baltasar Gracián para mayor exactitud. Pues así sucedió con mis carpinterías: no volví a verlas abiertas al mismo tiempo, sin importar que –ansioso de volver a sentirme como rey mago bajo la estrella de Belén– inventara mil diligencias en pos de manojos de apio, panecillos con crema o ungüentos que no apetecía ni necesitaba. Invariablemente me topaba con la antigua carpintería hospitalaria y, más allá de la cerrajería, con la ventana del lujurioso ebanista; pero, al otro lado de la papelería, la puerta de aluminio estaba otra vez cerrada, y tras la ventanita habían corrido de nuevo la cortina pringosa. Todos los días lo mismo, sin importar que mi exploración fuera de subida o de bajada, de mañana o en la tarde. Tanta fue la frustración que empecé a sentirme inconforme con tener solo dos carpinterías frente a mis narices, y al cabo de los días acabé olvidando el asunto, o, por lo menos, fingiendo que lo olvidaba; gobernado por el taimado inconsciente, subía a la panadería por la calle 68 y buscaba los aguacates en la verdulería del recién estrenado Surtimax.

La agonía terminó –o más bien empezó– a mediados de este agosto (aunque no lo recuerdo con precisión, no sería aventurado suponer que todo ocurrió el martes 13). Al pasar desprevenido por la esquina de la 45 con la 69, rumbo a una casa en donde mi hija adelantaba tareas escolares, reparé que, aunque la puerta de aluminio continuaba cerrada, la cortina no cubría la ventanita. Por supuesto, antes de formularme cualquier pensamiento coherente ya estaba clavado sobre el agujero. Ojalá no lo hubiera hecho. Adentro palpitaba un espectáculo dantesco: el carpintero flaco se inclinaba sobre un ataúd de madera cruda, y lo sobaba con un papel de lija en un gesto tan macabro como inútil, pues ya la pieza se antojaba pulida; y era macabro por eso mismo: el hombre parecía tan concentrado en su trabajo, tan turbado de lijar ese cuenco, que no lograba controlar su actividad. Sin duda, lo más siniestro no era el ataúd en sí mismo sino la actitud de su artífice: no miraba la pieza –parecía no tener el valor para hacerlo–, sino que, compungido y avergonzado, miraba por la ventana, como si a un mismo tiempo quisiera pedir perdón a quien lo espiera o retarlo por atreverse a descubrir su infamia. No quise ver más, o no pude, pero mientras me retiraba de la ventana surgió una imagen dolorosa en mi memoria, al mismo tiempo que una revelación tardía: no eran puertas lo que había visto detrás de los dos carpinteros aquella mañana radiante; eran, sin más, las tapas de la muerte. Aquel lugar maldito no podía estar conectado con la cálida cueva del oso; de hecho, era impropio llamarlo “carpintería”: era poco menos que una antesala del infierno.

Aleksandr Pushkin escribió, en 1831, un cuento sobre un fabricante de ataúdes que tiene el brío de invitar a sus clientes –los muertos– a una ruidosa fiesta de agradecimiento. El peruano Ciro Alegría, a su vez, contó hace medio siglo la historia de un hacedor de féretros que, alentado por sus ideas de izquierda, apedreaba las casas de las autoridades de un pueblecito andino, y luego, cuando estas notabilidades morían, se ofrecía a fabricar sus cajas con el mayor contento imaginable. ¡Mentirosas imágenes literarias! Un fabricante de ataúdes solo puede ser un hombre pusilánime y henchido de culpas, y en el mejor de los casos alcanza a ser apenas un oficiente discreto y caviloso, como deben serlo todos los verdugos. Esta ilustración de la profunda brecha entre ficción y realidad es la única cosecha positiva de mi aciaga experiencia. Pero, tras de que sé que la reflexión es trillada –Gonzalo España ya dijo que la putas son alegres y no como las pinta García Márquez–, me abruma la convicción de que no son puras las maderas en manos de los hombres; porque, aunque entre el aserrín nazcan los redentores, se los condena a morir sobre los palos tallados. UC



El experimento de Pepe



por EMILIO RUCHANSKY **Editor adjunto de la revista THC

Ilustración: Verónica Velásquez



El gobierno uruguayo aprobó la regulación más avanzada sobre el cannabis en el mundo. No es que sea perfecta, pero por primera vez se plantea a nivel nacional una misma legislación que combina los pedidos del activismo local, de una parte de la sociedad médica y del propio gobierno respecto a la seguridad ciudadana. El presidente José 'Pepe' Mujica lo repite como mantra dirigido a los mayores que desconfían: “mucho peor que la droga es el narcotráfico”.

Durante el reciente debate en la Cámara el único voto en duda en el oficialismo, que estuvo cerca de hundir el proyecto, dejó en claro la visión conservadora, casi rancia, del asunto: “la marihuana es una bosta con o sin ley”, dijo Darío Pérez desde su rol de médico, pero advirtió que regularla podría aminorar el “efecto góndola”, es decir, ir al dealer a buscar porro y terminar probando sustancias más peligrosas para la salud, como la pasta base: el mercado puede acabar imponiendo la cocaína fumable sobre el porro por escasez de marihuana o por simple marketing.

El activismo ganó un espacio importante en la discusión porque tiene su propia gente dentro: una camada de diputados jóvenes, comprometidos con la agenda de las minorías. Se logró la inclusión del autocultivo y los clubes cooperativos sin fines de lucro para abastecerse. En el primer caso, no contemplado por el gobierno al lanzar el proyecto el año pasado, hay un tope de seis plantas hembras y hasta una cosecha anual de 480 gramos. Para ello es necesario registrarse previamente, pero los datos estarán protegidos. Los clubes, inspirados en el modelo propuesto y desarrollado por el activismo español, son demasiado pequeños: solo hasta 45 socios y 99 plantas anuales. En España los que funcionan con esquema de base barrial precisan alrededor de 700 plantas. Esta apuesta, vale recordar, es la única forma de regulación de la producción de drogas —sí, de todas las

drogas— que no contradice las convenciones internacionales tan mentadas por los prohibicionistas.

El modelo uruguayo se complementa con los dispensarios de cannabis, en principio farmacias, como ocurre en varios estados norteamericanos y en Canadá, solo que no será preciso sufrir alguna dolencia. El tope previsto es de cuarenta gramos al mes. El cultivo será bajo licencia, al igual que la venta, y habrá un organismo regulador de estas actividades. También se abrirá la veta a la siembra de cáñamo con fines industriales. Igualmente, la ley plantea inversión e infraestructura administrativa para la educación, prevención y tratamiento.

El modelo de los clubes es interesante porque permite crear empleos, combinar actividades sociales y, al no tener fines comerciales, mantener calidad y precio razonables. La venta en farmacia es un desafío grande, y si no coexiste con otras opciones como los clubes y el autocultivo puede convertirse en un dolor de cabeza, como ocurre en Holanda: precios altos para una calidad estándar, que podrían llevar a la compra en el mercado negro.

Toda regulación, se sabe, puede hacer más o menos restrictivo el acceso. Si se busca combatir realmente el narcotráfico, no hay que dejarle espacios para financiarse.

Por delante queda un peligro. Algunos diputados del oficialismo y la oposición plantearon que se haga un referéndum para que la ley tenga apoyo de la ciudadanía, es decir, para que sea anulada. La trampa está a la vista: la discriminación y estigmatización que rodea a los usuarios por parte de las mayorías que se oponen a la ley. Justamente, al regular se da un paso en la normalización que permitiría, después de cierto tiempo, mostrar resultados. Por otra parte, preguntarle a la mayoría si una minoría debe tener derecho a dejar de ser discriminada por esa misma mayoría, es simplemente aberrante. UC

LI poemas para Li

John Galán Casanova

XIX

-¡Humano, demasiado humano!
-Demasiado humo, mi hermano...

la alambrada, los cables desgastados
la hidroeléctrica, el nevado
el gas, el agua tibia, la tubería
glucosa, lácteos
detergentes, dentífrico, níquel, litio
TO-SHIVA, PANA-SONY
J. S. Bach, W. A. Mozart, L. A. Calvo
CNN, Telesur, Google, Los Simpson
mensajes de voz, de texto
petróleo
la línea blanca de la carretera con li al
volante
ganja, humo, alquitrán
las pavesas exultantes de la pipa
todos mis renglones, axones y dendritas
alerta junto a la ventanilla

paisaje humano,
demasiado humano de este libro

XXVII

cuando los enamorados
se habitúan a hablar a media lengua
en la intimidad

y comparten
no solo
casa, billetera, agenda
sino
cepillo de dientes, pijama
toalla, pañuelos y eructos
sin asomo alguno de vergüenza

tal pareja alcanza,
a no dudarle,
un raro equilibrio
un punto crítico de involución
plenitud y decadencia

XXXI

somos huéspedes
de lo que nos queda

cada palmo
de lo que nos queda
basta para cocerse al sol

el mismo día llueve y no llueve
confluyen la tempestad, la calma
la aridez y el río desbocado

arden hogueras de plástico
a nuestras espaldas

sandalias descoloridas
buscan pareja en la playa

el silencio es mercancía rara,
en vía de extinción

toda la noche
retumba la consigna:
Sálvese quien pueda
Sálvese lo que nos queda
Siglo XXI
Vivir, dejar morir

XLIX

amarnos por teléfono
e internet

escucharnos
a cientos de kilómetros

vernos sin tocarnos

reos de visita
a través de una bocina
y un cristal

a media hora de amor luz
la boca no lame,
los dedos no saquean olores

no abusemos
de la cibernética
y la telepatía

cambiaré el ordenador
por un tiquete
para burlar esta quimera

Con el libro *LI poemas para Li* se
presentará la colección Otramina en
la Fiesta del Libro. El lanzamiento
será el sábado 14 de septiembre a las
5:00 p.m. en el Salón Humboldt del
Jardín Botánico.

También se presentará el 19 de sep-
tiembre a las 6:30 p.m., en la sala
de humanidades de la bibliote-
ca Pública Héctor González Mejía,
Comfenalco de La Playa. UC

LI poemas para Li
John Galán Casanova
Colección Otramina
Fondo Editorial Universidad EAFIT
Medellín, 2013



www.arteprensa.info

Danzahara presenta
Alquimia
las más contrarias y diversas formas de danzar

Danzas de CHINA, INDIA, EGIPTO, BRASIL
y sus diferentes fusiones en un mismo escenario

Sábado 22 Junio · Teatro Pablo Tobón Uribe · 7:00 Pm

Balcón \$25.000 - Platea \$40.000 - Mayores informes 312 741 40 06
Escuela Danzahara 550 05 711 (de 2:00 pm a 6:00 pm) Teatro Pablo Tobón Uribe 259 75 00
www.danzahara.com

NUEVA
TU GATO
ARENA
AGLOMERANTE
-Scoopable-

Arena Sanitaria para Gatos Domésticos. **100% Natural** Control de olores

Distribuidor autorizado:
D y CH Tel: 2659679
bast@une.net.co

teatro el trueque
estreno

una obra basada en la tragedia griega
Antígona de Sófocles
EL INSEPULTO
O YO VERÉ QUE HAGO CON MIS MUERTOS

del 5 al 28 de agosto de 2013
Jueves, viernes y sábados - 8:00 pm

informes: 2172605
eltrueque@teatroeltrueque.com
www.teatroeltrueque.com

PAROS

x 10

Paro Agrario.



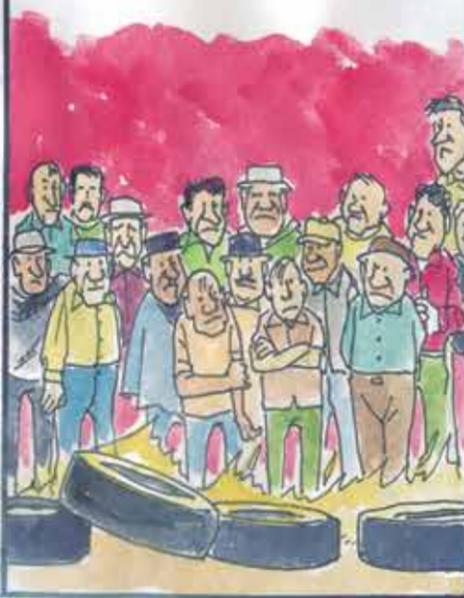
Paro Lechero.



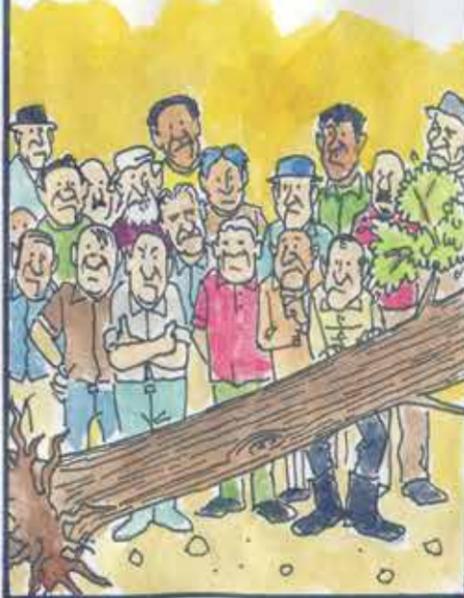
Paro Minero.



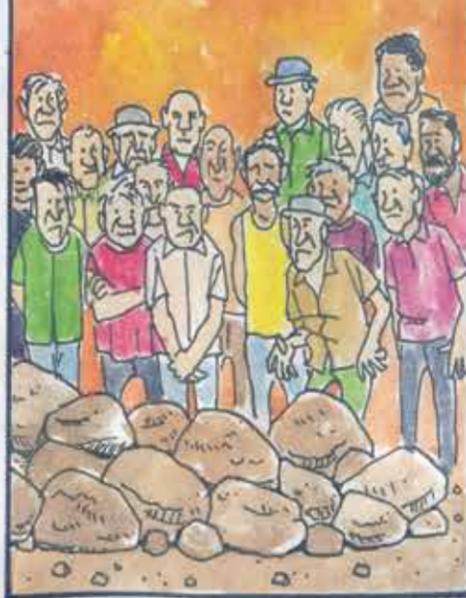
...infiltrado por las FARC



...infiltrado por los Uribistas



infiltrado por las BACRIM



www.cinéfagos.net

cine colombiano · crítica de cine
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas



Lunes 16

**“Hacia una historia natural de los H.P.”
(y no es Hewlett Packard)**

Marcelino Cerejido (México)

Fisiólogo celular y molecular. La infamia desde una perspectiva genética, cruzada de historia, literatura y filosofía.

7:00 p.m. | Auditorios Explora.

Martes 17

**Sex Machine
(Para mayores de 16 años)**

Edouard Launet (Francia)

Ingeniero, divulgador de las ciencias y periodista del diario francés *Libération* y autor de crónicas humorísticas sobre temas científicos.

7:00 p.m. | Auditorios Explora.

Miércoles 18

**Borges y la mecánica cuántica:
Un científico en la biblioteca infinita**

Alberto Rojo (Argentina)

Físico argentino, investigador en la Universidad de Chicago y profesor en la Universidad de Oakland. Un recorrido entretenido por el universo para entender cuánto hay de poesía en la ciencia y cuánto de ciencia en la poesía.

5:00 p.m. | Sala 3D.

Jueves 19

Por qué leer

Guillermo Angulo (Colombia)

Escritor, fotógrafo, cineasta, periodista y jardinero "orquidólogo". De él decía Fernando González "Dos envidias tengo, Guillermo Angulo: 1º de su arte de retratista y de su barba negra y juvenil a lo [Dino]Grandi. Nadie había tenido retratos tan buenos como los que Ud. hizo de mí". *Otraparte, abril 21/59.*

7:00 p.m. | Sala 3D.

Viernes 20

Foto insurrecta

Rodrigo Moya (México)

Más allá de la foto del ojo morado de García Márquez luego del golpe de Vargas Llosa, o de aquellas imágenes del Ché Guevara, está la obra honda, con luz de Rulfo, de este reconocido fotógrafo mexicano que nació en Medellín.

5:00 p.m. | Sala 3D.

Viernes 20

**Física y música.
Concierto**

Alberto Rojo (Argentina)

Un físico cuántico y músico comparte su voz y su guitarra de color argentino. Algunas de sus canciones fueron grabadas a dúo con Mercedes Sosa en sus discos *Corazón Libre* y *Cantora II*.

7:00 p.m. | Sala 3D.

Sábado 21

El libro como invención

Susan Flaherty (México)

Del estilo de encuadernación japonés al libro de cuadernillos cosidos, biombos y concertinas, el vademécum típico del medioevo y el exótico Einsteck leprello. Inquietudes plásticas que van de la ilustración botánica a la fotografía.

5:00 p.m. | Sala 3D.

Sábado 21

El sabor del Universo

Andrés Gomberoff (Chile)

Todo lo que está sobre la mesa, desde el pinot noir hasta el atún, esconde 14 mil millones de años de evolución cósmica. Este doctor en física experto en agujeros negros, contará que la gastronomía es, literalmente, un ejercicio estelar.

7:00 p.m. | Sala 3D.